LOS HOMBRES de la historia
La Historia Universal a través de sus protagonistas
56

Metternich

Narciso Nada

Centro Editor de América Latina



LOS HOMBRES *de la historia* 56

El 15 de mayo de 1773 nació en Coblenza, Clemente Wenceslao Lotario Metternich, el hombre que entre 1815 y 1830, fue la figura clave en el movimiento político europeo. En efecto, el período que va desde la caída de Napoleón hasta la revolución de París, es considerado como el de la supremacía de Metternich: período en el que conduce la Santa Alianza, manipula hábilmente los congresos internacionales, es un protagonista sobresaliente en la defensa del orden de cosas existente.

Si bien la supervivencia del sistema europeo surgido del congreso de Viena hasta 1830 y, en algunos aspectos, hasta 1848, se debe especialmente al hecho de que las fuerzas animadas por el deseo de abatir o de modificar ese sistema, se anularon recíprocamente haciendo vanos sus propios esfuerzos, puede afirmarse que la contribución de Metternich evitó la disgregación en pocos años, sobre todo en virtud de su presencia en la escena diplomática y de la acción que desplegó. Con el desarrollo de una actividad realmente prodigiosa por su vastedad, su intensidad y su asiduidad, él supo explotar a fondo las divergencias existentes entre las fuerzas que le eran hostiles, ahondar tales divergencias y aplicar con habilidad superlativa el arte de moderar la acción de los adversarios y de impedir o atenuar los impulsos de los propios aliados.

Intimamente convencido de la necesidad de mantener el equilibrio entre los Estados, combatió tanto contra la amenaza de la instauración de regímenes constitucionales como contra el peligro de involuciones reaccionarias, al par que bregó por el establecimiento o perfeccionamiento de regímenes de carácter absolutista-iluminista basados en el principio de la igualdad de los súbitos frente a la ley, en eficientes estructuras financieras y administrativas y en organismos centrales y periféricos representativos de tipo consultivo.

En una época de profundos cambios, su característica sobresaliente, su punto fuerte y también su debilidad fue precisamente la sustancial estaticidad de su posición política ya que siempre mantuvo el convecimiento de que los ideales liberales y nacionales sólo eran un mal pasajero en Europa, un incendio, una erupción volcánica, una manifestación temporal.

En síntesis, no se dio cuenta - y fue éste el más grave de sus errores - que la fuerza y los ideales suscitados por la Revolución Francesa, desencadenados por la dominación napoleónica, eran fuerzas e ideales irreversibles y que era completamente ilusorio pensar que podrían desaparecer por extinción natural o por sofocación forzada.

Murió el 12 de junio de 1859.

Títulos ya publicados y que completan volúmenes de esta colección:

La civilización de los orígenes (*): Homero, Buda, Ramsés II, Solón, Moisés, Confucio.

Cristianismo y Medicevo (*) Carlomagno, Mahoma, Francisco de Asís, Marco Polo, Abelardo Tomás de Aquino, Dante.

La Revolución Francesa y el período napolenóico (*) Napoleón, Beethoven, Goya, Franklín, Robespierre, Hegel, Talleyrand.

El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (*) Lincoln, Darwin, Coubert, Dostoievski, Nietzsche, Wagner.

El siglo XIX: La revolución industrial (*) Freud Van Gogh, León XIII, Ford, Tolstoi, Bismark.

El mundo contemporáneo (*) Churchil, Einstein, Lenin, Ghandi, Hitler, García Lorca, Stalin, Picasso.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

56. Metternich - El Siglo XIX: La Restauración
Este es el segundo fascículo del tomo El Siglo XIX: La Restauración:
La lámina de la tapa pertenece a la sección El siglo XIX: La Restauración, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 56:
Falchi, Zennaro, Arborio Mella, Bildarchiv, d. Ost. Nationalbibliothek.

Traducción de Oberdan Caletti

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en mayo de 1969.

Metternich

Narciso Nada

1773
El 15 de mayo nace en Coblenza, Clemente Wenceslao Lotario Metternich, hijo del conde Francisco Jorge y de María Beatriz Cagenegg.

1788
En el mes de octubre comienza sus estudios universitarios en Estrasburgo.

1789
Asiste, el 21 de julio, al saqueo del palacio cívico de Estrasburgo por parte de la población insurrecta.

1790
Se halla presente en la ceremonia de coronación del emperador Leopoldo II, en Francfort, el día 9 de octubre. Después se traslada a Maguncia para proseguir sus estudios universitarios.

1791
Pasa algunos meses en Bruselas, y vuelve después a Maguncia.

1792
Asiste el 14 de julio a la coronación del emperador Francisco II.

1794
Viaja a Londres, donde permanece seis meses, y en el otoño del mismo año se reúne con su familia en Viena.

1795
El 27 de setiembre se casa con Leonor Kaunitz.

1797-1799
Desde fines de 1897 hasta la primavera de 1799 participa junto con su padre en el congreso de Rastadt.

1801
Llega a Dresde el 4 de noviembre, con calidad de ministro plenipotenciario imperial ante la corte sajona.

1803
En el mes de enero recibe el nombramiento de ministro plenipotenciario en Berlín, donde llega en el mes de noviembre.

1806
Es designado embajador en París el 17 de mayo, y llega a la capital de Francia el 4 de agosto. El 6 de agosto, a raíz del derrumbe del Sacro Imperio Romano, se crea el imperio de Austria, y Francisco II se convierte en Francisco I de Austria.

1809
En mayo abandona la capital francesa y regresa a Viena. Es nombrado ministro de Asuntos Exteriores el 8 de octubre.

1810
Combina el matrimonio de Napoleón con María Luisa de Austria (1º de abril), y acompaña a la esposa a París.

1812-1814
En marzo de 1812 debe someterse a firmar una alianza de Austria con Francia en función antirrusa. Más tarde, después de la derrota de Napoleón en Rusia, maniobra para separar a Austria de esta alianza. El 26 de junio de 1813 mantiene un coloquio con Napoleón en Dresde. Luego Austria se alinea con los adversarios de Napoleón y contribuye a su derrota.

1814
Los aliados entran en París el 31 de marzo; el 30 de mayo se firma la primera paz de París. El 1º de noviembre se inauguran las sesiones del congreso de Viena.

1815
El 7 de marzo llega a Viena la noticia de la huida de Napoleón de la isla de Elba. El 9 de junio se firma el acta final del congreso de Viena. Pocos días después, el 26 del mismo mes de junio, Napoleón sufre su derrota en Waterloo. El 20 de noviembre se firma la segunda paz de París.

1820
En el mes de enero comienza la insurrección en España, y el 1º de junio en Italia meridional. En octubre del mismo año se reúne en Troppau un congreso de representantes de las grandes potencias.

1821
Se inaugura en enero otro congreso en Lubiana. Austria obtiene el mandato para reprimir la revolución napolitana. El 10 de marzo comienza la insurrección en Piamonte, pero en el mismo mes las tropas austríacas derrotan a los revolucionarios napolitanos y en el mes de abril abaten el régimen constitucional en Piamonte. El 25 de mayo Metternich es designado canciller de la Corte y del Estado.

1822
Se reúne en el mes de octubre el congreso de Verona, y se decide encomendar a un cuerpo expedicionario francés la misión de terminar con el régimen revolucionario español.

1825
El 19 de marzo muere Leonor Metternich.

1827
El 5 de noviembre Metternich casa en segundas nupcias con Antonieta von Leykam.

1829
El 12 de enero muere la segunda mujer.

1830
Mediante los protocolos de Londres del mes de febrero, seguidos por los de setiembre de 1931 y por el tratado de Constantinopla de julio de 1932, se reconoce la independencia de Grecia. Entre el 26 y el 29 de julio, insurrección en París: Carlos X abandona el trono y le sucede Luis Felipe. En el mes de agosto los belgas se rebelan contra los holandeses, y en noviembre los polacos contra los rusos.

1831
El 30 de junio Metternich se casa nuevamente: esta vez con Melania Zichy-Ferraris. La cuestión belga se resuelve a través de la conferencia diplomática de Londres, con la creación del estado independiente de Bélgica. En febrero se produce la insurrección de Italia central, la que es sofocada al mes siguiente por las tropas austríacas. Los rusos, a su vez, sofocan la insurrección de los polacos.

1833
En Munchengrätz, Austria, Rusia y Prusia firman en el mes de setiembre una triple entente conservadora.

1834
Inglaterra, Francia, España y Portugal cons-

tituyen en el mes de julio una cuádruple alianza constitucional.

1835
El 2 de marzo muere Francisco I y le sucede Fernando I.

1846
Austria se anexiona el territorio libre de Cracovia. Pío IX asciende al trono pontificio el 16 de junio e inicia una política liberalizante.

1847
En el mes de julio Austria ocupa Ferrara, pero está obligada a retirar en seguida sus tropas.

1848
Nueva insurrección de París el 23 de febrero: Luis Felipe abdica y se instaura un régimen republicano. En Italia los reyes de Cerdeña y de Nápoles, el gran duque de Toscana y el Papa instauran regímenes constitucionales. Insurrección de Viena el 13 de marzo, que constriñe a Metternich a huir. Éste llega el 20 de abril a Londres.

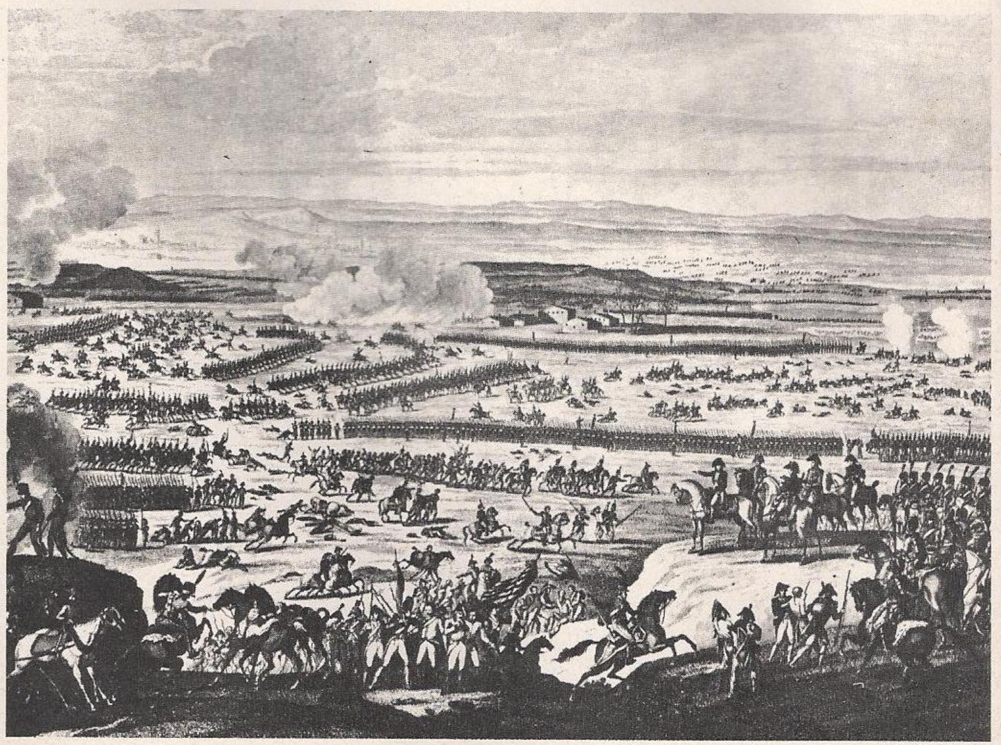
1849
Permanencia de Metternich en Londres, Brighton y Richmond. En octubre de 1850 se trasladará a Bruselas.

1851
El 24 de setiembre Metternich regresa a Viena se establece en su villa a orillas del Rennweg.

1854
El 3 de marzo muere su tercera esposa, Melania.

1859
Clemente Metternich muere el 12 de junio, mientras recibe las desastrosas noticias sobre la marcha de la guerra contra Piamonte.

1

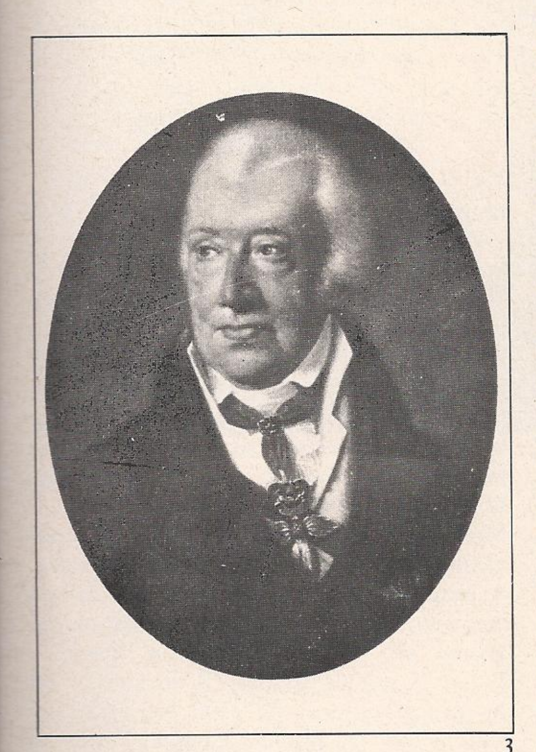


2

1. Metternich en el retrato de Lawrence de 1815. (Bildarchiv. d. Öst. Nationalbibliothek)

2. La batalla de Austerlitz. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

3, 4. El padre y la madre de Metternich (Zennaro).



3



4

La familia

El 15 de mayo de 1773 nacía en Coblenza, Clemente Wenceslao Lotario Metternich. Su padre, Francisco Jorge, de veintisiete años de edad, era uno de los más ricos señores feudales de la región: poseía vastísimas propiedades a lo largo del Rin, que comprendían las poblaciones de Metternich, Winneburg y Beilstein, con 6.200 vasallos y una renta que superaba los 50.000 florines. Según la tradición, la familia descendía de un caballero Metter, al servicio de Carlomagno. Un día, alguien había susurrado al emperador que el caballero Metter quería traicionarlo, a lo que Carlomagno había respondido con estupor: "Nein, der Metter, nicht!" Y a partir de entonces, la interjección del emperador se había convertido en un sufijo que quedó unido para siempre al nombre de la familia. Dejando de lado esta leyenda, es mucho más seguro el hecho de que la familia gozaba del derecho de voto en la Dieta imperial desde 1616, y que en ocasión de la guerra de los Treinta Años, había podido expandir sus posesiones con vastas adquisiciones en Bohemia, posesiones que aún conservaba por más que en aquellos últimos decenios del siglo XVIII las tenían descuidadas. El conde Francisco Jorge, fuera de sus riquezas y sus numerosos títulos nobiliarios y caballerescos, no era hombre de personalidad muy sobresaliente. Estaba dotado, sin embargo, de buenos conocimientos literarios, formados preferentemente en contacto con la cultura francesa que era la cultura dominante entonces en los principados renanos. Bajo la pátina de una exterior adhesión al catolicismo, era sustancialmente un incrédulo, inscripto en la masonería. Amaba el lujo, era particularmente competente en materia de etiqueta, de ceremoniales, y por lo tanto se hallaba en óptimas condiciones para cubrir cargos dispendiosos y de representación pero no muy comprometedores. Antes del nacimiento del hijo había estado en Viena en calidad de embajador del obispo-príncipe elector de Tréveris, y luego había sido llamado a Coblenza como consejero de Estado y ministro de Asuntos Exteriores; el año en que nació Clemente, el emperador José II lo nombró representante ante las cortes electorales de Colonia, Maguncia y Tréveris, y algunos años después, ante las cortes del Bajo Rin y ante la de Westfalia. La madre, María Beatriz Kagenegg, tenía dieciséis años cuando se casó, el 8 de enero de 1771, y antes de Clemente había dado a luz una hija, llamada Paulina. La condesa de Metternich era fina, culta, amante de las intrigas de sociedad y sumamente ambiciosa; ansiaba sobresalir no sólo con el lujo y la riqueza, sino a través de la conquista de más altas posiciones políticas. Por eso su carácter se integraba muy bien con el del marido, quien se sentía naturalmente inclinado a una vida más libre de tensiones. Muchos de los rasgos físicos, psicológicos y morales de la madre fueron heredados por Clemente, por quien ella tuvo siempre una particular afición, que fue a su vez correspondida con un duradero afecto.

Infancia en Coblenza
En la universidad de Estrasburgo

El pequeño Clemente pasó su infancia en Coblenza, bajo la guía habitual del preceptor eclesiástico, siempre presente en las familias nobles de la época. Sin embargo, en 1785 su padre quiso poner, al lado del preceptor eclesiástico, también un institutor laico, Juan Francisco Simón, de Estrasburgo, protestante y masón, que se convirtió pronto en ardiente jacobino, pero que no parece haber ejercido gran influencia sobre el corazón y la mente del niño.
En octubre de 1788 Clemente y su hermano menor José, fueron enviados a Estrasburgo para cumplir allí sus estudios universitarios. A la universidad de la capital alsaciana confluían entonces los retoños de la más alta nobleza europea para realizar los estudios de las letras y del derecho. Numerosos eran los rusos, los polacos, los suecos y los holandeses. El antecedente de haber frecuentado esa universidad constituía un óptimo título para quienes tenían la intención de consagrarse a la carrera diplomática.
En Estrasburgo, el 21 de julio de 1789, Clemente asistió al saqueo del palacio municipal por parte de la plebe que se había sublevado al recibir las primeras noticias de la revolución en París. Esa escena, ese primer contacto con la primordial e irracional fuerza destructiva de la plebe, debía dejar en su ánimo una indeleble huella de profundo disgusto. En un primer momento, las alternativas revolucionarias francesas no aportaron ninguna transformación en su vida. En la segunda mitad de 1790 volvió a su patria para asistir, el 9 de octubre en Francfort, a la coronación del emperador Leopoldo II. En esa circunstancia, su padre hizo gala de una suntuosidad que a todos llenó de admiración, incluso a Clemente, que supo desempeñar bien su papel de maestro de ceremonias de los príncipes católicos de Westfalia.

En la universidad de Maguncia.
El comienzo de la actividad política en Bruselas

El conde Francisco Jorge fue designado por el emperador para gobernar el principado de Lieja, donde se levantaban ya las primeras llamaradas de rebelión, pues las repercusiones de las alternativas revolucionarias francesas se hacían sentir allí intensamente; los hijos emprendieron el camino de Maguncia para continuar sus estudios en esa universidad. Clemente frecuentó en Maguncia las lecciones de profesores de las más variadas tendencias, pero experi-

mentó de manera particular la influencia del historiador Nikolas Vogt, y absorbió, de su *Historische Darstellung des Europäischen Völkerbundes*, las tesis fundamentales relativas al equilibrio europeo, que tratará de aplicar más tarde en sus actividades políticas. Por lo demás, las enseñanzas de Vogt habían de completar en la mente del joven lo que había aprendido ya en Estrasburgo con Cristóbal Guillermo Koch, quien enseñaba que el equilibrio de las grandes potencias era la más segura garantía para la paz europea, y que a las grandes potencias en mutua cooperación les correspondía la misión de mantener frenadas las veleidades de los Estados menores.

En junio de 1791 Clemente se reunió con el padre en Bruselas, pues éste había sido nombrado ministro plenipotenciario imperial ante los Estados generales de los Países Bajos austríacos (la actual Bélgica). Allí trabajó en el verano de 1791, junto a su padre, aprendiendo a conocer el funcionamiento de los organismos administrativos del Estado. Después de haber pasado otro año académico en Maguncia, asistió en julio de 1792 a la coronación del nuevo emperador Francisco II. En ese verano, Clemente Metternich fue designado ministro plenipotenciario imperial en La Haya, pero no pudo llegar a su sede porque se lo impidieron las vicisitudes de los meses siguientes. La segunda mitad del año 1792 debía señalar, en efecto, la derrota de la coalición austro-prusiana contra Francia (batallas de Valmy, 20 de setiembre, y de Jemmappes, 6 de noviembre), y la invasión de los Países Bajos imperiales por parte de las tropas francesas. En el mes de noviembre, estas últimas penetraban en Bruselas, que tuvo que ser rápidamente abandonada por las autoridades austríacas.

Al año siguiente, los ejércitos imperiales pasaban al contraataque y reconquistaban los países perdidos. Clemente Metternich, que durante esas operaciones desarrolló misiones de coordinación entre las autoridades civiles y las militares, asistió a algunas etapas del avance, particularmente al asedio y la toma de Valenciennes (28 de julio de 1793), quedando sumamente impresionado por las atrocidades de que fue testigo.

Años más tarde, al recordar esos hechos, dirá que todos los políticos deberían tener un conocimiento directo de la guerra y de sus horrores, porque ello podría servir para hacerlos más prudentes y menos fáciles de dejarse arrastrar a empresas militares.

De regreso a su puesto en Bruselas, el conde Francisco Jorge elaboró el proyecto de armar a la población para hacer frente al peligro de una nueva invasión francesa. El hijo compartió el proyecto del padre y, cuando se trasladó a Inglaterra junto con el tesorero general para obtener un empréstito a favor del gobierno de los Países Bajos, publicó en forma anónima en Londres, en agosto de 1794, un escrito *Sur la nécessité d'armer tout le peuple sur les frontières françaises* (*Sobre la necesidad de armar a todo el pueblo sobre las fronteras francesas*), firmándolo "Un ami du repos général" ("Un amigo de la tranquilidad general"). Estos proyectos suscitaron críticas y discrepancias. Sin embargo, hay que tener presente que el joven publicista, cuando hablaba de *peuple* entendía referirse a las clases burguesas, a los propietarios, a quienes incitaba a combatir por la defensa de los propios bienes y por la salvaguarda de las estructuras tradicionales de la sociedad europea.

Precisamente en ese período, los ejércitos franceses habían vuelto a obtener una victoria (batalla de Fleurus, 26 de junio de 1794), y en el mes de agosto Bélgica se hallaba nuevamente ocupada y al mismo tiempo los franceses ocupaban Colonia, Bonn, Coblenza y Tréveris, apoderándose también de los feudos hereditarios de los Metternich, con lo que se asestaba un terrible golpe a las rentas de la familia.

Traslado a Viena. El matrimonio con Leonor Kaunitz

Perdidas sus posesiones, perdido el cargo que desempeñaba en los Países Bajos, el conde Francisco Jorge no tuvo otra salida que trasladarse a Viena con su familia. En la capital del Imperio se le unió algún tiempo después, también Clemente quien, después de su regreso de Inglaterra (donde, entre otras cosas, había conocido a Edmund Burke, el filósofo de la contrarrevolución, cuyas ideas —junto con las de Koch y las de Vogt— ejercieron mucha influencia en él) se había detenido en las posesiones bohemias para examinar qué beneficios podía extraerse de ellas, a fin de compensar, por lo menos en parte, el desastre provocado por la pérdida de las posesiones renanas.

En Viena los Metternich se encontraron en una situación más bien desagradable. El acceso a las mansiones de la gran nobleza vienesa les había sido cerrado, y se sentían considerados casi como extranjeros o intrusos. Por lo demás, no faltaban quienes criticaban la conducta observada por el conde Francisco Jorge en los Países Bajos, juzgándola demasiado débil y poco prudente, aun cuando era difícil imaginar a qué medios hubiera podido acudir para poner dique a los fermentos revolucionarios que agitaban al país y que habían facilitado la victoria de los franceses.

Acongojada por esa desdichada situación, la condesa María Beatriz pensó que el único medio para salir de ella sería el de combinar el matrimonio del hijo con una de las jóvenes pertenecientes a la alta nobleza de la capital. Sus ojos se fijaron en la joven de diecinueve años Leonor Kaunitz, sobrina del gran canciller de María Teresa. Ésta fue fácilmente conquistada por la fascinación de su pretendiente, que tenía entonces veintidós años, era alto, rubio, de ojos azules, irradiaba un refinado señorío y ostentaba modos afables, acompañados por una notable seguridad de sí mismo. Ya en los años precedentes estas dotes habían hecho palpitar más de un corazón femenino.

El matrimonio se celebró en Austerlitz, feudo de los Kaunitz, el 27 de setiembre de 1795. Para el joven Clemente no fue, por cierto, un matrimonio de amor. Pero le abría las puertas de los palacios más aristocráticos, contribuía a restablecer las finanzas de su familia con la rica dote de la esposa y hacía nacer nuevas esperanzas en su carrera política, aun cuando por el momento la alianza de familia con los Kaunitz constituía una toma de posición contra el ministro en funciones Thugut, que había sucedido justamente, el 27 de marzo de 1793, al padre de Leonor.

En el congreso de Rastadt

Durante algunos años Clemente Metternich vivió en Viena sin desarrollar ninguna actividad destacada. Frecuentó la universidad y se entregó a estudios de carácter científico, a los que siguió dedicando siempre su atención, gustando a menudo pasar por persona particularmente competente en materia y manifestando su convicción de que la carrera científica habría sido, para su temperamento, mucho más adecuada que la política.

Mientras tanto, la situación política internacional se tornaba cada vez más grave. A comienzos de 1795 los franceses habían ocupado Holanda, y en la primavera del mismo año habían obligado a Prusia a firmar la paz de Basilea (5 de abril). En los primeros meses de 1796 Napoleón llevaba a cabo su primera campaña brillante en Italia; en noviembre derrotaba a los austríacos en Lodi y en diciembre creaba la república Cispadana. En el mes de febrero de 1797 sometía al papa arrebatándole la Romaña (tratado de Tolentino) y al mes siguiente cruzaba los Alpes en Tarvisio y avanzaba sobre Viena, obligando a Austria a las tratativas preliminares para la paz de Leoben (18 de abril). Después de seis meses de gestiones (durante las cuales se habían creado en Italia la república Cisalpina, la república de Liguria y se había liquidado la república de Venecia) se llegaba al tratado de Campoformio (18 de octubre de 1797); Austria renunciaba a Bélgica, a las posesiones de la orilla izquierda del Rin y a la Lombardía, obteniendo en cambio los territorios de la república de Venecia, excepción hecha de Bérgamo y Brescia, reunidos en la Cisalpina.

En Campoformio se estableció, entre otras cosas, que los príncipes y los feudatarios alemanes despojados por las anexiones fran-



1

1. Napoleón recibe las llaves de Viena en 1805. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

En la página 35:

1. Encuentro de Napoleón con el emperador de Austria después de la batalla de Austerlitz. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

2. Los austríacos entran en Milán el 28 de abril de 1814. Estampa austríaca. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

cesas sobre la orilla izquierda del Rin, deberían ser compensados con los bienes eclesiásticos y con los territorios libres existentes en el Imperio, pero se postergaba la discusión de estos problemas a un próximo congreso.

Este congreso se inició efectivamente en Rastadt a fines de 1797. Francisco Jorge Metternich fue enviado como comisario imperial. El hijo lo siguió en condición de secretario y de representante de los condes de Westfalia. Los trabajos de las sesiones se desarrollaron lentamente hasta la primavera de 1799, sin que se hubieran alcanzado resultados concretos. Por una parte, los príncipes alemanes se hallaban muy divididos entre sí; por la otra, los plenipotenciarios franceses, con sus modos groseros (que habían chocado mucho a los Metternich), eran los menos indicados para allanar las dificultades. Por lo demás, ambas partes querían postergar cualquier decisión a la espera de la inevitable reanudación de las hostilidades.

En marzo de 1799 los ejércitos de la coalición austro-rusa, aprovechándose de la ausencia de Napoleón, bloqueado en Egipto, invadían a Italia y expulsaban a los franceses que un año antes habían consolidado y dilatado las posesiones conquistadas en la península. Por lo tanto, el congreso de Rastadt quedaba disuelto a la espera de la evolución de los acontecimientos internacionales, y los Metternich fueron llamados nuevamente a Viena.

El comienzo de la carrera diplomática

Después de su regreso de Rastadt, Clemente Metternich pasó nuevamente por un período de inactividad desde el punto de vista político. En efecto, el ministro Thugut resistía a los Metternich; aversión no sólo motivada por discrepancias personales, sino por una visión distinta de la situación internacional del momento y de la línea de conducta a seguir. Los Metternich consideraban indispensable una estrecha alianza entre las potencias conservadoras contra la Francia revolucionaria y auspiciaban por lo tanto un entendimiento de Austria con Prusia, tanto más cuanto que, tras el ascenso de Pablo I (admirador de Napoleón) al trono de los zares, Rusia quedaba separada de los aliados. En cambio, Thugut prefería atenerse a una política diferente, dejando a Austria prácticamente sola con su adversaria. Pero erró en sus cálculos y después del golpe de Estado del 18 brumario (9 de noviembre de 1799), a raíz del cual Napoleón asumió el título de primer cónsul, y luego de la victoria de éste en Marengo (14 de junio de 1800), tuvo que firmar la paz de Luneville (9 de febrero de 1801) con la que Austria perdía nuevos territorios en Alemania y en Italia. A consecuencia de

estos hechos Thugut tuvo que renunciar. Lo sustituyó *ad interin* el conde Trauttmansdorff y luego un ministerio Colloredo-Cobenzl.

Clemente Metternich vio nuevamente abiertas ante sí las puertas de la carrera diplomática. Se le ofrecieron, a elección, tres puestos: Francfort (ante la Dieta imperial), Copenhague y Dresde. Eligió esta última sede —donde llegó el 4 de noviembre de 1801—, por cuanto la capital sajona podía ser un buen observatorio para seguir simultáneamente los desarrollos de la política francesa, de la rusa y de la prusiana.

Desde Dresde —aun considerando oportuno para Austria un período de tranquilidad para posibilitar la reorganización del ejército— continuó insistiendo para lograr una aproximación entre las diferentes cortes germánicas a los fines de la defensa común. Allí conoció a Federico Gentz, un publicista al servicio de Prusia que atrajo muy pronto al servicio de Austria y que debía poner su pluma brillante y sus dotes de hábil coordinador de ideas y de programas a completa disposición de Metternich, aun cuando en algunos casos, por necesidades financieras. lo traicionara trasmitiendo a otras cortês importantes informaciones y copias de documentos diplomáticos. Bajo la influencia de Gentz, o por lo menos en perfecto acuerdo con él, Metternich se convencía cada vez más de la necesidad de una alianza con Prusia. Su comportamiento constituyó uno de los factores que determinaron al emperador a designarlo ministro plenipotenciario en Berlín, en enero de 1803. Sin embargo, Metternich no llegó a la capital prusiana hasta el mes de noviembre siguiente.

Entre tanto, durante los meses que precedieron, la mediación franco-rusa de Ratisbona había resuelto los problemas relativos a las compensaciones que debían asignarse a los príncipes y feudatarios alemanes despojados de sus bienes sobre la orilla izquierda del Rin. Los principados eclesiásticos electorales fueron suprimidos y así quedaron expropiados los vastísimos bienes de muchas abadías. En consecuencia, Francisco II, considerando ya disuelta la estructura del Sacro Imperio Romano, renunciaba a su título y asumía el de emperador de Austria con el nombre de Francisco I (6 de agosto de 1806). En el reparto de los despojos, los Metternich se quedaron con los bienes de la abadía de Ochsenhausen, con título principesco.

Embajador en Berlín y en París

Cuando Metternich llegó a Berlín se encontró con una opinión pública más que nunca animada por deseos de *revancha* en relación con Francia, y trató de explotar esta situación para provocar una aproximación de Prusia con Austria y Rusia, las que, en el mismo mes de noviembre de 1804, habían establecido una alianza defensiva. Pablo había caído asesinado en Petersburgo y le había sucedido su hijo Alejandro I, de inspiración anti-francesa en su política exterior. Metternich (elevado al rango de embajador), no obstante toda la habilidad y el empeño con que se dedicó a su misión, no tuvo éxito en el intento que se había propuesto, y Prusia asumió una actitud neutral entre Francia y la coalición establecida por Rusia, Inglaterra y Austria en agosto de 1805. La amenaza que representaba esta nueva coalición europea fue fácilmente disuelta por Napoleón (que el 2 de agosto de 1802 ya era cónsul por vida, emperador de los franceses en 1804 y rey de Italia el 2 de marzo de 1805) con las victorias de Ulm frente a los austríacos (19 de agosto de 1805) y de Austerlitz contra los austrorusos (el 2 de diciembre). Austria tuvo que rendirse a una nueva y humillante paz, firmada en Presburgo el 26 de diciembre, a consecuencia de la cual perdía, entre otras cosas, el Veneto que quedaba anexado al reino de Italia.

Después de este fracaso también tuvo que renunciar el ministerio Colloredo-Cobenzl. Fue llamado entonces al gobierno el conde Stadion, a la sazón embajador en Petersburgo. Metternich hubiera tenido que sustituirlo ante el zar, pero Napoleón manifestó su deseo de tenerlo en París, y Francisco I consintió. Evidentemente Napoleón —inducido por Talleyrand— supo valorar las notables dotes del joven diplomático renano, comprendió que su presencia en Petersburgo hubiera sido peligrosa para los intereses franceses y prefirió tenerlo a su vista en París, incluso con la esperanza de transformarlo en un precioso aliado.

Metternich permaneció en la capital francesa desde mayo de 1806 hasta mayo de 1809. Fueron ésos los años de las victorias de Napoleón contra la coalición ruso-prusiano-inglesa-sueca (Jena, Auerstädt, octubre de 1806), del bloqueo continental contra Inglaterra (desde el 21 de noviembre de 1806), de las victorias de Eylau y de Friedland contra los rusos y los prusianos (8 de febrero y 14 de junio de 1807), del tratado de Tilsit con Rusia y Prusia (julio de 1807) y de la ocupación de España (rendición de Madrid, el 4 de diciembre de 1808), por no mencionar sino los episodios más famosos.

Encontrándose en París, Metternich pudo estudiar de cerca la personalidad de Napoleón y de los hombres más importantes que lo rodeaban; pudo observar también el funcionamiento admirable del engranaje legislativo y administrativo del Imperio. De esos años transcurridos en París en esa época de gran esplendor conservará un recuerdo indeleble y, aun en sus años más maduros, gustará volver a evocar en sus discursos ese gran período histórico.

Ministro de Asuntos Exteriores

Mientras tanto, Austria reorganizaba silenciosamente sus finanzas y su ejército y en abril de 1809 se reabrieron las hostilidades entre las dos potencias. Metternich no abandonó París hasta el 26 de mayo, pero dejó allá a su propia familia. Asistió a la derrota de los austríacos en Wagram (5-6 de julio) y cuando llegó a Viena la encontró ocupada por las tropas de Napoleón. Aconsejó iniciar tratativas de paz antes de una derrota completa, a fin de evitar lo peor. Francisco I le confió entonces la misión de negociar la paz pero, después de cierto tiempo, Napoleón solicitó que fuera sustituido, temeroso de que su habilidad lograra arrancar demasiadas concesiones a los plenipotenciarios franceses. Así es como Metternich, que en ese tiempo había sido designado ministro de Asuntos Exteriores, tuvo que suscribir el tratado de Schönbrunn el 14 de octubre de 1809, aunque no fuera obra suya. A consecuencia de ese tratado, Austria perdía Galizia, incorporada al Gran ducado de Varsovia, el Trentino, unido al reino de Italia, Croacia, Carniola y Carintia, que formaron el reino de las provincias ilíricas junto con la Dalmacia. Además, Austria quedaba obligada a reducir notablemente su propio ejército y a pagar una enorme contribución de guerra. Nunca el poderío de los Hasburgo había caído tan bajo en tantos siglos de historia.

Instalado en la Ballhaus, sede del ministerio de Asuntos Exteriores, donde permanecería hasta 1848, Metternich comprendió en seguida que la única esperanza de salvación, en situación tan desesperada, consistía para Austria en una política de gran recogimiento y de buena armonía con Francia.

Justamente entonces se presentó una situación inesperada para hacer menos tensas las relaciones entre Viena y París y para obtener alguna morigeración de las condiciones de paz. Napoleón quería divorciarse de la emperatriz Josefina, que no podía darle herederos, y aspiraba a casarse con una gran duquesa rusa. Sin embargo, Alejandro I se hacía el desentendido, tanto más cuanto la princesa Ana, su hermana, y sobre la cual Napoleón había puesto los ojos, tenía apenas quince años y no era aún madura para el matrimonio. La diplomacia austríaca, bien apoyada por la princesa de Metternich que aún residía en París, ofreció a Napoleón la mano de una archiduquesa de la casa de los Hasburgo. Napoleón aceptó sin vacilar; las gestiones se desarrollaron rápidamente y el 10 de abril de 1810 se unía a María Luisa, de diecinueve años de edad, hija de Francisco I. Metternich se trasladó a París para acompañar a la esposa y en sus coloquios con Napoleón logró obtener alguna atenuación de las cláusulas del tratado de Schönbrunn, sobre todo en el aspecto financiero.

1

2

1. Waterloo. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

2. Entrada de los aliados en París en 1814. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

3. Caricatura del Congreso de Viena (Zennaro).



1

2



3

Metternich permaneció en París hasta el otoño de 1810 y se dio cuenta que la situación internacional estaba cambiando irremediablemente una vez más y deslizándose hacia un conflicto franco-ruso. Alejandro I no soportaba la presencia de un general francés, Bernadotte, en el trono de Suecia, y toda la economía rusa sufría las consecuencias del bloqueo continental contra Inglaterra. En el inevitable choque entre los dos colosos, Metternich pensó que el mejor partido para Austria habría sido mantenerse neutral. Pero cuando regresó a Viena, se encontró con que el partido de la alianza con Rusia y de la guerra estaba más activo que nunca. Por ese partido había comprometido su propio apoyo el padre de Metternich mismo, a quien se había confiado interinamente los asuntos exteriores durante su ausencia. Logró convencer al emperador sobre la oportunidad de renunciar a semejante política y de mantener una actitud de expectativa. Su posición en este problema suscitó contra él las iras del partido patriótico y militarista, en cuyas propias filas se contaban miembros de la familia imperial, como la emperatriz María Ludovica y los archiduques Juan y José. Sin embargo, se mantuvo firme y supo conservar el control de la situación.

Política y vicisitudes sentimentales

Antes de seguir hablando de la actividad política de Metternich, es oportuno detenerse a relatar brevemente sus vicisitudes sentimentales, sea porque también el conocimiento de esas vicisitudes es necesario para un mejor conocimiento de su personalidad, sea porque con frecuencia aquéllas se entrelazaron con las políticas. Debe decirse en seguida a este respecto, que supo siempre mantener bien separados los asuntos sentimentales de los políticos, y que a lo sumo trató de utilizar los primeros a beneficio de los segundos. Hubo un momento, sin embargo, en que sus amores parecieron llegar a entorpecer gravemente sus proyectos políticos.

Como ya se ha dicho, en 1795 Metternich había casado con Leonor Kaunitz. De este matrimonio nacieron siete hijos: María (1797), Francisco (1798), Clemente (1799), Víctor (1803), Clementina (1804), Leontina (1811) y Herminia (1815). La numerosa prole parecía destinada a consagrar un vínculo firme y profundo. Pero la realidad es otra, pues Metternich se concedió diversas distracciones sentimentales. Dejando de lado las aventuras fugaces, recordemos tan sólo las relaciones que dejaron una huella más duradera en su existencia. Incluso antes del matrimonio, había tenido en Maguncia una relación con una mujer noble de la emigración francesa, María Constanza de Coumont La-Force, hija del antiguo guardasellos Lemoignon. En Dresde conoció y amó a la princesa Bagration, de dieciocho años, mujer de un general ruso, llamada "el ángel desnudo" por sus audaces escotes, y de la que tuvo una hija llamada María Clementina. Allí también tropezó con otra noble francesa, casada con un noble prusiano, la duquesa de Sagan. Sus relaciones, aun entre muchas interrupciones y variantes por ambas partes, continuaron hasta 1816 y más de una vez se encontraron mezcladas con las relaciones entre Austria y Prusia durante ese período. En París, se dice que Metternich amó, entre otras, también a Paulina Bonaparte y a Hortensia Beauharnais. Pero sobre este particular no se poseen noticias precisas y debe haberse tratado, de cualquier manera, de relaciones pasajeras. Más duraderas en cambio fueron sus relaciones con Carolina Murat y con Laura Junod, mujer esta última del gobernador de París. Cuando Metternich dejó la capital francesa en 1809, escribió algunas cartas apasionadas a Laura Junod, la que cometió la imprudencia de conservarlas. Pero ocurrió un día que una mujer de servicio de la casa de Junod, reveló a su amo la existencia de esas cartas comprometedoras. El gobernador de París obligó a la mujer a enseñárselas y estalló en un violento acceso de celos. Se dirigó directamente a Napoleón y le dijo que exigía una adecuada reparación por la afrenta sufrida. Según parece, el emperador le respondió que si hubiera tenido que ocuparse de los problemas de todos los maridos traicionados que se encontraban en su corte, no habría podido ocuparse más ni de política ni de problemas militares. Por lo tanto Junod, después de haber enviado a Metternich una tarjeta de desafío, que también quedó sin consecuencias, llamó a Leonor Metternich y le puso ante los ojos las cartas incriminadas. Pero ésta no se alteró y le hizo observar simplemente a su interlocutor cuán mal le quedaban las ropas y las actitudes de Otelo. Napoleón entonces, que necesitaba mantenerse en buenas relaciones con el nuevo ministro austríaco de Asuntos Exteriores a causa de las tratativas en curso para su propio matrimonio, decidió enviar a Junod a España, con la obligación de llevarse consigo a la mujer. Y antes de la partida del matrimonio Junod, hizo llamar a Laura Junod reprochándola severamente... por haber concedido sus favores a un extranjero. Algunos años después el general Junod era designado duque de Abrantès y bajo este nombre la viuda escribió más tarde treinta y ocho volúmenes de memorias, que se hicieron famosas y le aportaron una cuantiosa fortuna. Sin embargo, nada se dice en esos volúmenes de la relación con Metternich y de sus consecuencias. Probablemente Metternich había logrado comprar el silencio de la escritora, ayudándola financieramente a través del banco de los Rothschild, cuando se encontraba en graves dificultades.

Este asunto ha planteado algunos interrogantes a los biógrafos de Metternich. ¿Fue solamente el fruto de una venganza de la celosa Carolina Murat, o se trató en cambio de una escena montada por quienes querían crear obstáculos al nuevo matrimonio de Napoleón? Hasta ahora, tales interrogantes no han encontrado una respuesta satisfactoria.

No obstante las desagradables consecuencias de sus amores parisienses, Metternich no abandonó su pasión por las aventuras galantes. Éstas fueron numerosas, especialmente durante el congreso de Viena; en ese período pudo, entre otras cosas, gozar simultáneamente de los favores de la duquesa de Sagan y de la princesa Bagration, que se encontraban a la sazón en Viena. En los años sucesivos (1818-1827) tuvo una larga y apasionante relación con la condesa de Lieven, mujer de un diplomático ruso. También en este caso, y por ambas partes, el amor se entremezcló a menudo con la política y con las relaciones diplomáticas entre Viena y Petersburgo. Más tarde, cuando su relación se interrumpió, la emprendedora embajadora conoció los amores de algunos de los príncipes políticos ingleses y pasaron entonces también por sus manos algunos de los más importantes asuntos diplomáticos referentes a las relaciones entre Inglaterra y Rusia. De todo esto el marido no dejó de expresar su propio desagrado, si bien nunca encontró nada que decir sobre la conducta moral de su consorte. Esta última terminó por convertirse en acérrima enemiga de Metternich y no dejó de difundir maledicencias sobre su nombre; pero Metternich no reaccionó nunca y supo mantenerse en absoluta reserva.

Si las alternativas extraconyugales ofrecieron a Metternich momentos felices o tristes, en su sucederse continuo, la misma cosa puede decirse, en un plano diferente, acerca de las alternativas familiares. Aparte de las relaciones con su mujer, que fueron siempre señaladas por un recíproco respeto, colaboración y amistad, aun cuando corrieron voces sobre las distracciones galantes que tenía en París, fueron sobre todo los hijos los que le procuraron las alegrías más serenas, los que abrieron su corazón a las más rosadas esperanzas y los que le afectaron con los dolores más intensos.

Dos de los siete hijos que tuvo en su matrimonio (Francisco y Clemente) murieron a tierna edad; María y Clementina murieron ambas de tisis, a pocos meses de distancia, en 1820, y Metternich sufrió mucho en esa oportunidad, sobre todo por la desaparición de la hija primogénita, en la que veía reflejadas muchas de sus propias cualidades intelectuales. Mucho mayor aún fue su dolor cuando en 1829, afectado por





1. *Metternich en un retrato de Ender de 1835* (Zennaro).

2. *Metternich en un retrato de F. Gèrard* (Zennaro).

3. *"Cuadro sinóptico de las autoridades y funciones de la monarquía austríaca...", publicado en Venecia en 1838. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli* (Falchi).

la misma enfermedad, murió Víctor, encaminado ya en la carrera diplomática, sobre el que había concebido grandes proyectos y a quien había perdonado sin mucho esfuerzo el hecho de haber convivido con una señora francesa, madame de Castries, que por él había abandonado a su propio marido y le había dado un hijo de nombre Ruggero.

Fallecida en 1825 por la misma enfermedad que atacó a sus hijos, su esposa Leonor, e interrumpidas algún tiempo después sus relaciones con la condesa de Lieven, Metternich había casado en 1827 con la bellísima joven de veinte años Antonieta von Leykam, hija de un diplomático de tercer rango y de una cantante siciliana. Esta unión motivó muchos críticas, pero resultó un matrimonio perfectamente logrado. Al lado de Antonieta, Metternich conoció momentos de luminosa felicidad. Momentos que fueron trágicamente interrumpidos por la muerte de la joven, ocurrida en 1829, poco después de dar a luz a un hijo llamado Ricardo, el 7 de enero de ese año. Metternich volvió a casarse por tercera vez en enero de 1831. Esta vez fue con Melania Zichy Ferraris, una encantadora húngara de 27 años, perteneciente a una familia de la alta nobleza de Hungría. También este matrimonio resultó muy logrado. Melania era fanática admiradora de su marido y muy pronto se convirtió también en su asidua colaboradora: escribía los despachos bajo su dictado, o bien leía y comentaba con él los informes que llegaban a la Cancillería de todas partes del mundo. De temperamento muy ardiente, era también muy exigente con él, y a veces el médico de la familia hubo de intervenir para recomendarle cierta moderación, dada la edad y los pesados compromisos del Canciller. Pero estos consejos del médico sólo sirvieron para despertar contra él el resentimiento de la princesa. Las ideas políticas de Melania estaban orientadas en sentido rígidamente conservador, y es muy probable que contribuyeran en alguna medida a robustecer en Metternich las posiciones estáticas de su política. Ella era también muy altiva en relación con las personas de rango inferior, y esto no dejó de provocar la animosidad de muchos vieneses en su contra. De ese matrimonio nacieron cinco hijos, de los cuales sólo dos (Lotario y Pablo) sobrevivieron a los padres.

Una política de expectativa

El peligro de una guerra franco-rusa fue perfilándose cada vez en forma más amenazadora en el curso de 1811, y Prusia, que temía ser aplastada en la contienda, formuló insistentes ofrecimientos de alianza con Austria para una defensa común al lado de Rusia. Pero Metternich rechazó ahora estos ofrecimientos, declarando que Austria habría de mantener una actitud neutral, aunque reforzando sus propios armamentos. Al mismo tiempo, sin embargo, aconsejaba vivamente a Prusia que se aliara con Rusia para la propia defensa, pero desaconsejaba en cambio una alianza con Francia, puesto que en ese caso Prusia perdería toda importancia en el plano europeo. En realidad, estaba convencido que Napoleón saldría victorioso de un encuentro armado con Rusia y que Prusia desaparecería definitivamente del mapa europeo como gran potencia.

Prusia no escuchó el consejo de Metternich y se alió con Francia (24 de febrero de 1812). Entonces Metternich comprendió que en semejante situación, para Austria no había otro camino que permanecer anclada al carro de la política napoleónica y firmó, tres semanas después, un tratado de alianza con Francia. Basada en este tratado, Austria debía alistar un cuerpo de 30.000 hombres para apoyar al ejército napoleónico. Si Napoleón vencía, Austria habría ganado Silesia, y Prusia sería compensada de otro modo. Apenas firmado el tratado, Metternich informó a Alejandro I que el ejército austríaco, previsto por el acuerdo, estaría formado solamente por cuerpos defensivos y no ofensivos. Empero, esta nueva alianza con Francia reavivó contra él las iras del partido patriótico.

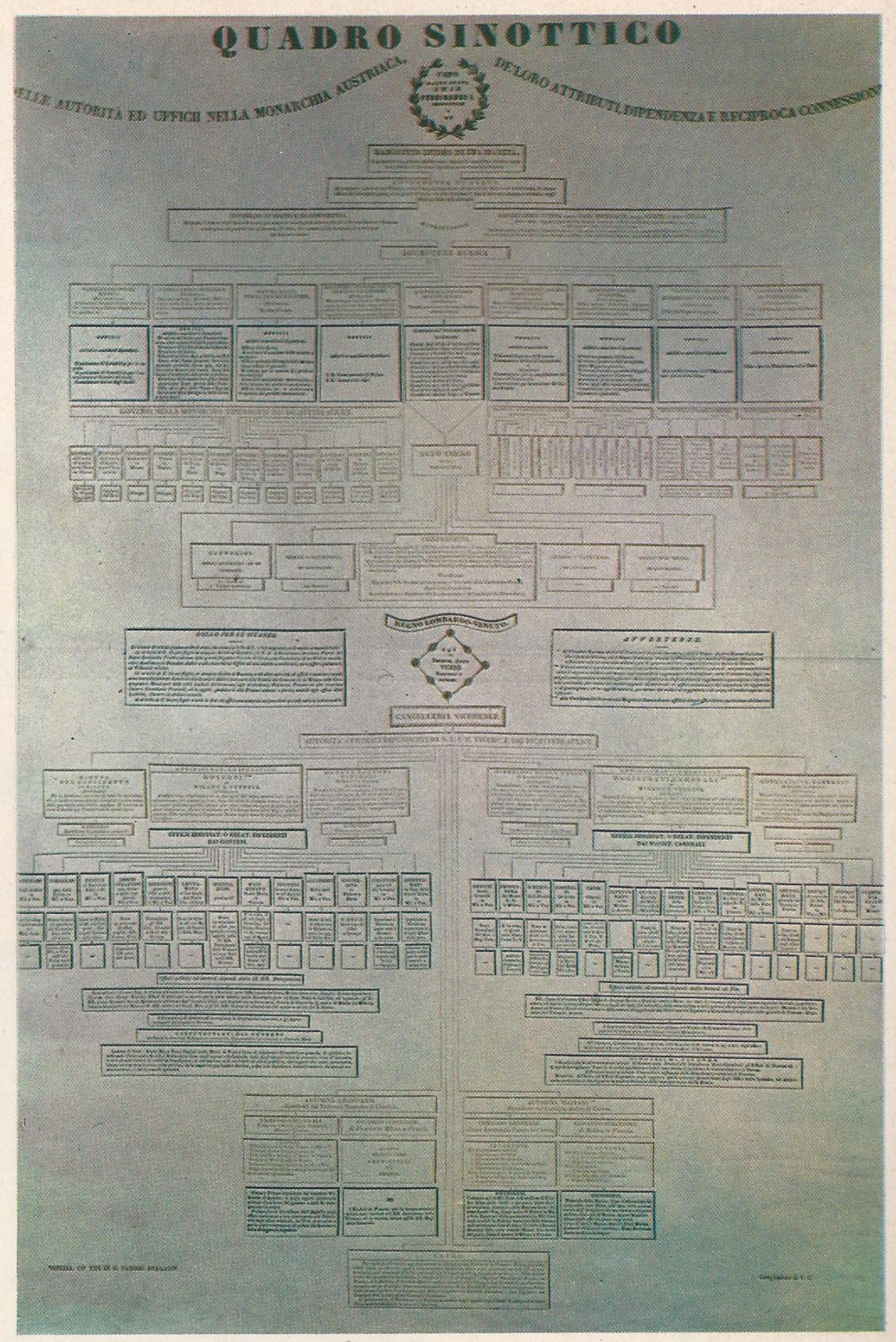
En mayo de 1812 Napoleón recibió en Dresde el homenaje de los príncipes alemanes y pasó revista a su ejército, compuesto por 400.000 hombres; luego emprendió la aventura rusa, de la que debía salir derrotado y con el ejército diezmado.

Después de estos acontecimientos el partido antifrancés se hizo en Austria aun más violento. Pero Metternich medía muy bien la debilidad militar y financiera de Austria, comprendía que la potencia militar de Napoleón estaba muy lejos de hallarse destruida y, por último, se daba cuenta que el aniquilamiento de Francia habría puesto a Europa a merced de Rusia. Por eso se limitó de momento al proyecto de separar a Austria de su alianza con Francia, afectando duramente al mismo tiempo a todos aquellos que, arrastrados por su celo patriótico, estaban en la tarea de organizar una sublevación general para empujar al país a una guerra a ultranza. Si por un lado Metternich sofocaba el movimiento nacional antifrancés, por el otro, supo resistir a las presiones de Napoleón que pretendía hacer más estrecha y eficaz la existente alianza franco-austríaca en vista de la reanudación de las operaciones militares contra Rusia y Prusia, que a su vez habían llevado a cabo un nuevo y rápido reacercamiento. Simultáneamente, Metternich sometía al Estado austríaco a un esfuerzo ingente para fortalecer lo más posible al ejército, pensando que, en la eventualidad del nuevo conflicto, Austria

pudiera interponerse entre los contendientes con su propia mediación armada.
Napoleón envió entonces a Viena al general Narbonne con la misión de sondear las intenciones efectivas del emperador de Austria, pues no podía convencerse de que el padre de la soberana de los franceses estuviera dispuesto a abandonarlo en esas peligrosas circunstancias. Metternich hizo comprender al enviado napoleónico que, en su opinión, hubiera sido extremadamente útil para Francia aceptar una paz razonable, basada en la renuncia a los territorios conquistados en Alemania y en Italia, y su retorno a los límites naturales.
Las victorias napoleónicas de Lützen y de Bautzen (2 y 21 de mayo de 1813) pusieron en serias dificultades la política de Metternich. Sin embargo, Napoleón cometió el error (comprensible, por lo demás, a causa de las duras pérdidas experimentadas por sus tropas) de aceptar un armisticio con los rusos y con los prusianos, basado en el cual las hostilidades debían suspenderse entre el 4 de junio y el 20 de julio. En el temor de que Napoleón llegara a una paz separada con Alejandro I y por consiguiente hiciera pagar duramente a Austria su actitud, Metternich decidió entonces inclinarse del lado de Rusia y de Prusia (tratado secreto de Reichenbach) si, antes del 20 de julio, Francia no hubiera aceptado las propuestas austríacas. Napoleón, que se había vuelto muy suspicaz respecto de la política de Viena, requirió un coloquio directo con Metternich y lo convocó en Dresde.

El coloquio de Dresde

El coloquio de Dresde entre Napoleón y el ministro de Asuntos Exteriores austríacos pasó justamente a la historia como uno de los momentos y de los hechos más dramáticos y decisivos de la época, aun cuando las fuentes sobre las que pueda basarse para reconstruirlo sean muy escasas y contradictorias. Nadie estuvo presente en ese encuentro verbal: encuentro que se prolongó desde las 12 y cuarto hasta las 8 de la noche, y que los dos protagonistas describieron en sus memorias sólo muchos años después, proyectándolo cada uno desde su particular punto de vista.
Sin embargo, puede sintetizarse su esencia diciendo que Metternich trató de hacer aceptar a Napoleón las propuestas manifestadas ya a Narbonne, esto es, una paz basada sobre el principio del retiro de Francia hasta sus límites naturales, con adecuada repartición de los territorios que debería abandonar, entre las otras grandes potencias. Napoleón rehusó, observando que, a lo sumo, semejantes propuestas podían formularse a una Francia vencida pero no a una potencia que acababa de emerger de dos brillantes victorias, y que aún tenía en su puño gran parte de Europa, con un ejército poderoso todavía a su disposi-



3

ción. Según parece, Napoleón no dejó de hacer notar a su interlocutor que el propio imperio, construido sobre la punta de las espadas, no habría podido sostenerse aceptando tan humillantes condiciones.
Después de ese coloquio, Metternich permaneció algún tiempo en Dresde y mandó preguntar a Schwarzenberg, comandante del ejército austríaco, si la prolongación del armisticio sería aún útil. El general respondió a vuelta de correo que, si el armisticio se prolongaba hasta el 10 de agosto, él podría llevar el ejército de 200 a 270.000 unidades, pero que una prolongación ulterior sería nociva.
También Napoleón deseaba una prórroga para reforzar las filas de sus propios ejércitos. El 30 de junio se celebró un nuevo coloquio en el que Napoleón preguntó a Metternich cuáles eran las condiciones para la mediación de Austria. Éste respondió que los plenipotenciarios de las potencias interesadas deberían reunirse en Praga antes del 10 de junio, y que las tratativas no tendrían que prolongarse más allá del 10 de agosto. En realidad, el mes de julio había pasado y también los primeros días de agosto, sin que esas tratativas se hallaran ni siquiera encaminadas. Hasta que se llegó al fatal 10 de agosto.

El triunfo de Metternich

La guerra prosiguió, y en ella Metternich logró imponer a Schwarzenberg como comandante supremo de todas las fuerzas aliadas, contra la voluntad de Alejandro I, que habría querido asumir personalmente ese comando. Después de una serie de encuentros no decisivos, se llegó, en las jornadas del 16-17-18 de octubre, a la batalla de Leipzig, recordada como la "batalla de las naciones", y en la que Napoleón salió derrotado. Después de este suceso Metternich trató todavía de todas maneras de salvar el trono de Napoleón sobre la base de las propuestas ya formuladas precedentemente, en tanto que los rusos y los prusianos querían llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias para derrotarlo completamente. Napoleón, confiando aún en un cambio de fortuna para sus armas, tardó en responder. Cuando por fin llegó su asentimiento, la situación había empeorado a raíz de los nuevos sucesos y del avance de los aliados. En consecuencia, Metternich fue obligado a presentar propuestas de paz más restrictivas, en base a las cuales Francia debería quedar reducida a los límites de 1792. Napoleón rehusó. Todavía se desarrollaron tratativas en Chatillon, pero sin resultados concretos, hasta que el 9 de marzo, en Chaumont, los aliados firmaron un pacto en virtud del cual se comprometían a llevar hasta el fondo la guerra contra Napoleón. Y así se selló su fin. El 31 de marzo de 1814 los prusianos y los rusos entraban en París. Al día siguiente, previo acuerdo con las potencias vencedoras, Talleyrand convocaba al Senado y hacía aprobar la abdicación de Napoleón y la creación de un gobierno provisional. Ahora se trataba de decidir a quién tocaba asignar el trono de Francia. Alejandro I era poco favorable a Luis XVIII, y habría preferido a un príncipe de Borbón, más dúctil a la política rusa. Pero le fue fácil a Metternich (con el apoyo del ministro inglés Castlereagh, de quien había conseguido conquistar sus simpatías) afirmar el principio según el cual, eliminados Napoleón y los napoleónicos, la única solución posible era una solución legitimista. Así fue como Luis XVIII pudo elevarse al trono de sus abuelos, entrando en París el 4 de mayo.

El congreso de la paz se abrió en la misma capital francesa en el mes de abril de 1814 (Napoleón, en tanto, había sido relegado a la isla de Elba por voluntad de Alejandro I, pese a que Metternich hubiera deseado que se le enviara a un punto más lejano). El ministro austríaco de Asuntos Exteriores comprendió que para consolidar el prestigio de la renacida dinastía borbónica y para restituir a Francia su función en el equilibrio europeo, debería evitársele una paz demasiado dura y mortificante, como la que pretendían imponerle los prusianos. En el tratado de paz del 30 de mayo, Francia volvió a sus límites de 1792, con algunos ajustes; no le fue impuesta ninguna indemnización de guerra y fue obligada a restituir solamente una parte de las obras maestras de arte que Napoleón había hecho llevar a París de todas partes de Europa. Todos los problemas relacionados con la reorganización de Europa fueron postergados para un congreso posterior que habría tenido que realizarse en la capital de Austria. Concluida la paz, Metternich se trasladó a Inglaterra, a invitación del príncipe regente, junto con Alejandro I y con Federico Guillermo II de Prusia. Fueron grandes los festejos que se les tributaron. Pero desde ese momento surgieron graves desavenencias de fondo entre Austria, Rusia y Prusia acerca de los problemas relativos a la nueva organización de Europa. Alejandro I quería para sí no sólo el gran ducado de Varsovia, sino toda Polonia; por su parte, Prusia deseaba anexarse la Sajonia. Inglaterra, en líneas generales, se mostró solidaria con Austria, que era contraria a las aspiraciones tanto rusas como prusianas, pero se negó a suscribir un verdadero tratado de alianza.

Después de las celebraciones inglesas, Metternich pudo disfrutar el recibimiento triunfal que se le tributó a su regreso a Viena, donde todos reconocían que la política contemporizadora por él adoptada en los años precedentes había sido la más adecuada a las circunstancias, y la que había permitido la consecución de la victoria final.

El Congreso de Viena y la Santa Alianza

El Congreso de Viena, que debería haberse inaugurado en el mes de agosto y había sido postergado para el 1º de octubre, sólo pudo comenzar un mes después, porque Alejandro I se había demorado en su visita a ciertas regiones de los límites occidentales de Rusia. Mientras tanto, a la capital austríaca habían acudido para el congreso los representantes de todos los estados europeos; muchos príncipes se habían trasladado personalmente con su propio séquito. Todos venían con alguna aspiración que plantear; todos, en la reorganización del mapa geopolítico europeo, esperaban obtener algunas ventajas. Y a ellos se agregó una innumerable cantidad de exponentes del gran mundo, aventureros, espías, artistas en busca de fortuna. Desde el 22 de setiembre los representantes de las cuatro potencias vencedoras (Austria, Rusia, Prusia e Inglaterra) se habían reunido en sesiones preliminares adoptando el principio de que toda decisión, emanada del congreso, dependería de su voluntad y de su recíproco acuerdo. Pocos días después llegó a Viena Talleyrand y, conocidos los resultados de dicha reunión, formuló su protesta contra ella, declarando que las decisiones del congreso deberían ser adoptadas en común por todas las potencias firmatarias de la paz de París, por consiguiente, también por Francia, España y Suecia. Su idea fue aceptada, pero en realidad, el Comité de los Ocho así constituido, funcionó muy poco tiempo. Las decisiones supremas quedaron en manos de las cuatro grandes potencias, juntamente con Francia, pues Talleyrand, explotando sus discrepancias, hizo pesar en las tratativas el punto de vista francés. Entre otras cosas, proclamó que el congreso debía inspirar sus propias decisiones en el principio de la legitimidad, o sea, en el principio según el cual todos los territorios habrían tenido que volver a la posesión de los países que los tenían antes de las conquistas napoleónicas, y antes de las modificaciones que se habían producido. También esta idea fue aceptada en general, aun cuando en la práctica sólo fue parcialmente aplicada. Como se ha dicho, los dos principales escollos contra los que las tratativas hubieron de chocar, fueron los deseos de Alejandro I de anexar a Rusia todo el territorio de Polonia, y la aspiración de Prusia de anexarse Sajonia, cuyo soberano había cometido el error de mantenerse fiel a la alianza con Napoleón hasta el último momento. Estos proyectos tropezaban con la neta hostilidad de Austria, que temía la afirmación del predominio ruso en Europa y la preponderancia prusiana en el seno de Alemania. Sustancialmente también Francia estaba de acuerdo con Austria, sobre todo en el sentido antiprusiano, y así también Inglaterra, que era hostil sobre todo a un engrandecimiento

1



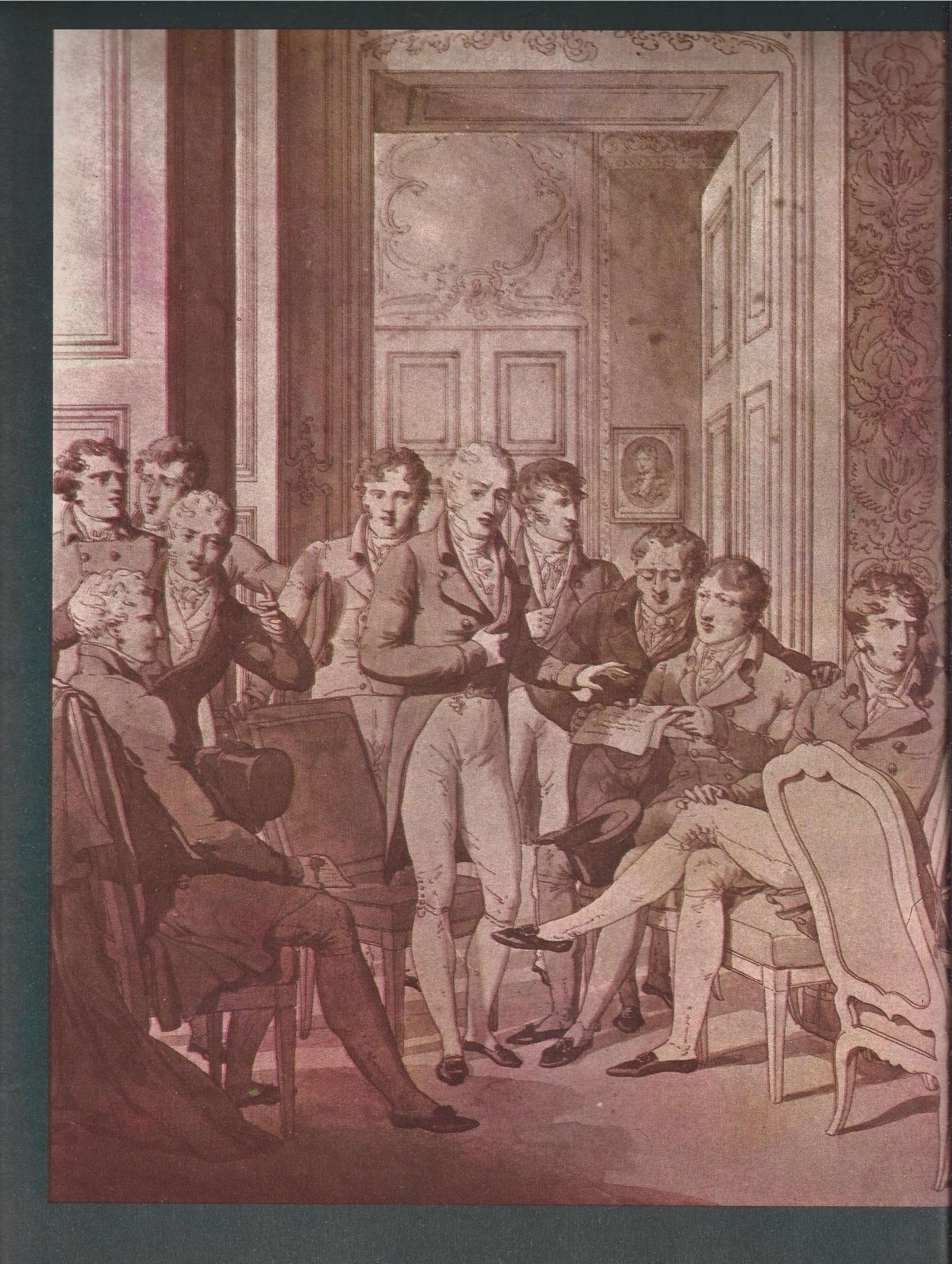
2

1. El gran duque Alejandro, futuro zar Alejandro II, se encuentra con Metternich. Cuadro de F. G. Waldmüller, 1838 (Bildarchiv. d. Öst. Nationalbibliothek).

2. Metternich. Litografía de un cuadro de Heuss (Bildarchiv d. Öst. Nationalbibliothek).

En las págs. siguientes

1. El Congreso de Viena. Dibujo de Isabey. París, Museo del Louvre (Arborio Mella).





1


2

1, 2. *Caricaturas de 1848* (Bildarchiv. d. Öst. Nationalbibliothek).

3. *Metternich. Litografía* (Bildarchiv d. Öst. Nationalbibliothek).

En la página 47:

1, 2, 3. Caricaturas de Metternich y Fernando I. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Bencini *y* Falchi).

de Rusia, en tanto que no habría sido contraria a las aspiraciones de Prusia, a fin de crear en la Europa septentrional un fuerte baluarte contra eventuales nuevas aventuras expansionistas de Francia. A su vez, Austria ambicionaba anexarse una parte de Polonia, algunas regiones bávaras, las Romañas, el Alto novarés con el paso del Simplón, y recuperar Lombardía y el Véneto. Como es obvio, las otras potencias y sobre todo Rusia eran contrarias a tan macizo engrandecimiento de Austria.

A través del desarrollo de las tratativas, fue delineándose así un entendimiento ruso-prusiano al que se opuso una combinación anglo-franco-austríaca, que se tramutó directamente en un tratado secreto de alianza, firmado el 3 de enero de 1815. Fue ése el momento más difícil del congreso, al punto que se llegó al borde de la ruptura. Pero cada uno se replegó después a posiciones más razonables y menos intransigentes. Rusia se conformó con el gran ducado de Varsovia, al que Alejandro I quiso conceder un régimen constitucional (juntando así sobre su cabeza las coronas de Rusia absolutista y de Polonia constitucional); Prusia se quedó con la ciudad de Thorn y los territorios circundantes, los dos quintos de Sajonia y otros territorios en Westfalia y en la orilla izquierda del Rin, a fin de que, con su fuerza militar, pudiera apoyar (siempre en función antifrancesa) al nuevo reino de los Países Bajos, nacido de la fusión de Bélgica con Holanda; Austria recuperó Galizia (pero Cracovia fue declarada ciudad libre), la Lombardía y el Véneto; los territorios alemanes que ambicionaba le fueron concedidos sólo en parte, mientras que las legaciones romañolas fueron restituidas al papa y el Alto novarés quedó en manos del rey de Cerdeña.

Puede decirse, pues, que en su conjunto el resultado del congreso de Viena fue un compromiso entre muchos apetitos y exigencias opuestas. La opinión corriente según la cual el resultado del congreso de Viena debe atribuirse sobre todo a la habilidad de Metternich debe ser sensiblemente revisada, aun si se puede considerar como éxitos notables suyos las ampliaciones obtenidas por Austria y los límites impuestos a las aspiraciones rusa y prusiana. Ni siquiera la famosa Santa Alianza fue obra de él, sino fruto de la mente fantasiosa y mistificadora de Alejandro I. Antes bien, debe agregarse que esa declaración vanidosa no le agradó mucho, aun cuando después no dejó de utilizarla para sus fines políticos.

Los Cien Días. La segunda paz de París. La Cuádruple Alianza

El congreso de Viena se hallaba en pleno desarrollo y las reuniones de los diplomáticos y de los soberanos se alternaban con las fiestas, los bailes, los espectáculos por los cuales ese congreso fue célebre en la historia, cuando el 7 d emarzo de 1815 se desplomó en Viena, como un rayo en el cielo sereno, la noticia de que Napoleón había huido de la isla de Elba.

Inmediatamente se renovó el pacto que las cuatro potencias habían firmado el año anterior en Chaumont y Napoleón fue declarado fuera de la ley y perturbador de la paz europea. El retorno de Napoleón a Francia favoreció de cualquier manera la rápida solución de tantos problemas que aún se hallaban sobre el tapete, a tal punto que el 9 de junio pudieron firmarse los protocolos finales del congreso. Entre otras cosas, las cláusulas de ese instrumento, considerando definitivamente caducado el Sagrado Imperio Romano, constitutían Alemania en una confederación de treinta y ocho Estados, cuyos asuntos comunes serían gobernados por una dieta con asiento en Francfort bajo la presidencia del emperador de Austria. En lo que respecta a Italia, aparte del Lombardo-Véneto, quedaba subdividida en otros siete Estados: el reino de Cerdeña (al que se anexaban los territorios de la antigua república de Génova), el ducado de Parma y Piacenza, el ducado de Módena, el gran ducado de Toscana, el ducado de Luca, el Estado pontificio y el reino de Nápoles y Sicilia. Tanto en Alemania como en Italia quedaban completamente esfumadas las esperanzas de todos aquellos que, caído Napoleón, habían abrigado esperanzas de unidad e independencia de la propia nación. La presencia de María Luisa (esposa de Napoleón) en Parma, de Francisco IV de Habsburgo-Este en Módena, de Fernando III de Habsburgo-Lorena en Toscana, aseguraban a Austria, si bien indirectamente, un firme control sobre la situación política de la península.

Las alternativas de los Cien días permitieron también la eliminación, del suelo italiano, de un trono sobre el que aún se sentaba una criatura de Napoleón. Joaquín Murat, rey de Nápoles desde 1808, se había salvado de la general destrucción del sistema napoleónico porque, en forma tan hábil como oportuna, había alcanzado a pasar al bando de los adversarios. Pero después de la huida de Napoleón de la isla de Elba, había cambiado nuevamente de partido y empujado a su ejército hacia Italia septentrional. Fácilmente derrotado en Rímini, había tenido que buscar salvación en la fuga, de manera que sobre el trono de Nápoles pudo sentarse nuevamente Fernando IV de Borbón, que durante los años precedentes se había refugiado en Sicilia bajo el ala protectora de Inglaterra (asumiendo después el título de rey de las Dos Sicilias con el nombre de Fernando I). Algunos meses después, Murat efectuó un desembarco en la región de Nápoles con la esperanza de reconquistar el trono per-

dido, pero fue tomado prisionero y fusilado poco después (setiembre de 1815).
Mientras tanto Napoleón no bien hubo llegado a París, había comenzado a reorganizar el ejército, tratando además de maniobrar en el plano diplomático para despedazar el acuerdo existente entre las potencias aliadas. Pero sus esfuerzos resultaron infructuosos y la derrota de Waterloo (18 de junio de 1815) selló definitivamente el término de su aventura. Por lo tanto, los Borbones volvieron al trono de sus antepasados y Austria, una vez más, se negó a tomar en consideración la posibilidad de destinar ese trono al hijo de Napoleón, que era nieto de Francisco I de Habsburgo. Quien tuvo que descontar las consecuencias de la aventura napoleónica fue Francia, que vio agravadas por el segundo tratado de París (20 de noviembre de 1815) las condiciones de paz. Perdió, en efecto, otros territorios en sus límites septentrionales y en Saboya, y fue sometida al pago de daños de guerra (700.000.000 de francos) y la restitución de todas las obras de arte que habían sido sacadas de todas partes de Europa durante el período napoleónico. Metternich, sin embargo, intervino también esta vez durante las discusiones preliminares, para impedir que se aplicaran a Francia las duras imposiciones propuestas por la diplomacia prusiana, negándose a admitir que saliera demasiado debilitada y que por ello se volviera excesivamente precario el restaurado equilibrio europeo.
El mismo día en que se firmó el tratado de París, las cuatro potencias vencedoras constituyeron la Cuádruple Alianza, en la cual se establecía que se suministrarían recíproca ayuda militar en la eventualidad de un nuevo ataque por parte de Francia; también se establecía que entre las potencias signatarias se realizarían reuniones periódicas para discutir los intereses comunes y las medidas necesarias para la conservación de la paz europea.

La edad de la Restauración: 1815-1830

El período comprendido entre la caída de Napoleón y la revolución de París de 1830, en general, es justamente considerado como el período de la supremacía de Metternich en Europa, el período en el que fue el conductor de la Santa Alianza, el hábil manipulador de los congresos internacionales, el hombre sobresaliente en la defensa del orden de cosas existente. Como siempre en estos juicios genéricos y simplistas, hay mucha parte de verdad y también alguna parte de error; la realidad se presenta de una manera un tanto diversa a quien observe las cosas más de cerca y, en consecuencia, consiga individualizar mejor los múltiples matices y componentes de los sucesos históricos. Indudablemente, el sistema europeo que salió del congreso de Viena se mantuvo bastante bien, en su con-



3

junto, hasta 1830; y en muchos aspectos sobrevivió hasta 1848 y, aún más, superó también la crisis del bienio 1848-1849. ¿Pero, hasta qué punto se debió ello a la obra de Metternich? ¿Hasta qué punto, en cambio, se debió al hecho de que las fuerzas animadas por el deseo de abatir o de modificar ese sistema se anularon recíprocamente haciendo vanos sus propios esfuerzos?

Para responder en forma adecuada a estas cuestiones sería necesario un análisis de los acontecimientos europeos de la época mucho más profundo del que nos permite este trabajo. Podemos afirmar, sin embargo, que Metternich, desarrollando una actividad diplomática realmente prodigiosa por su vastedad, su intensidad y su asiduidad, supo explotar a fondo las divergencias existentes entre las fuerzas que le eran hostiles, supo ahondar tales divergencias, conoció y aplicó con habilidad superlativa el arte de moderar la acción de los adversarios, de impedir o atenuar los impulsos de los propios aliados; y podemos agregar que el sistema europeo creado por el congreso de Viena no se disgregó en el curso de pocos años, sobre todo en virtud de su presencia en la escena diplomática y de la acción que desplegó. La situación en la que tuvo que actuar, era por cierto mucho más difícil y complicada que aquella en la que habían actuado los ministros austríacos del siglo precedente, en la época de las grandes guerras de sucesión. Entonces los problemas existentes eran sobre todo problemas de carácter dinástico y territorial y no estaban complicados por contrastes ideológicos o sociales. El momento histórico en que Metternich actuó en la escena europea podría compararse con la época de Carlos V. También entonces la lucha entre las grandes potencias por el predominio (o por el equilibrio) territorial se entrelazó con luchas de carácter ideológico; también entonces los problemas territoriales y dinásticos, y los ideológicos y sociales se condicionaron muy profundamente en forma recíproca. El dominio napoleónico había afectado los usos, las costumbres, las tradiciones de muchos pueblos, y en parte también las había barrido muy oportunamente. Pero ello había ofendido la conciencia nacional de esos pueblos, más aún, había renovado esta conciencia y la había movilizado en la lucha contra el invasor; había hecho comprender la fuerza de la unidad y de la cohesión. Las aspiraciones unitarias de estos pueblos, nacidas en el período de la lucha contra Napoleón, no fueron tomadas en consideración en el congreso de Viena. Pero no por esto estaban sofocadas; no sólo no callaron, sino que en los años sucesivos se convirtieron en movimientos más activos y agresivos que nunca, aun cuando los extranjeros no eran ya los franceses, sino los rusos para los polacos, los holandeses para los belgas, los austríacos para los italianos, los turcos para los griegos y las otras poblaciones balcánicas. Con la unidad y la independencia, las poblaciones pedían ahora instituciones políticas libres. Estas aspiraciones habían nacido también como natural reacción contra el autoritarismo y las tendencias centralizadoras del régimen napoleónico, pero ahora se volvían contra el poder absoluto de los príncipes restaurados.

La lucha por la afirmación de estos principios fue conducida sobre todo por dos grupos sociales: ante todo por aquellos que habían combatido en las filas del ejército napoleónico o en las filas de los ejércitos adversarios (es significativo observar a este respecto que los movimientos españoles, napolitanos y piamonteses de 1820-1821, el movimiento ruso de 1825, los movimientos belgas, polacos, italianos de 1830-1831 fueron dirigidos y realizados en gran parte por militares de la época napoleónica), en segundo lugar, por las clases burguesas que se habían afirmado a su vez en el período napoleónico y que durante esos años habían adquirido, junto con la holgura económica, derechos civiles y políticos y habían sustituido también a la nobleza o se habían elevado a su mismo nivel en la dirección política de los respectivos países.

Aparte la hostilidad de estos últimos, que podríamos definir como los "constitucionales" y los "unitarios", el sistema político instaurado por el congreso de Viena tropezaba con la hostilidad de aquellos que pensaban que ese congreso no había restaurado en la forma adecuada el antiguo orden de cosas, en una palabra, de aquellos que fueron llamados "ultrarrealistas" (por el nombre que se les dio en Francia), y que podríamos llamar simplemente los reaccionarios a ultranza. Éstos se oponían en Francia al régimen constitucional que había instaurado Luis XVIII, y deseaban el retorno a la monarquía absoluta; en los otros Estados, habrían querido ver cancelado todo vestigio de legislación napoleónica, que los bienes expropiados a los nobles y a los eclesiásticos fueran devueltos a los antiguos propietarios, y que la nobleza y el clero recobraran sus antiguos privilegios. En efecto, así como las grandes potencias no habían aplicado rígidamente el principio de legitimidad en la organización territorial de Europa, habían considerado oportuno, en cambio, impedir una restauración integral en el plano social, económico y legislativo pues comprendían claramente que ello habría arrojado a Europa entera al caos, y habría chocado con demasiada violencia contra los intereses de la clase burguesa que se había constituido en los años precedentes.

Si los constituyentes y unitarios por un lado, y los reaccionarios a ultranza por el otro, podían ser considerados como los enemigos internos del orden de cosas nacido del congreso de Viena, muy pronto surgieron otros enemigos contra este orden entre los mismos que lo habían creado y ratificado. En los primeros años de la Restauración el más amenazador y peligroso de los enemigos fue, desde este punto de vista, el emperador de Rusia, Alejandro I. Éste, que se consideraba el verdadero y grande vencedor de Napoleón, estimaba que había salido como un vencido en el congreso de Viena; tendía, por lo tanto, a la expansión rusa en los Balcanes y, empujado por sus tendencias de corte místico, soñaba convertirse en el paladín de los pueblos oprimidos. Esta actitud le había inducido a conceder un régimen constitucional a Polonia; y es a su presión que debía atribuirse sobre todo la decisión adoptada por Luis XVIII de conceder a Francia un régimen constitucional. Además, a Alejandro I le animaba un profundo resentimiento contra el ministro de Asuntos Exteriores de Austria. Por eso la diplomacia rusa desplegó en ese período sobre todo el mapa europeo un intenso trabajo tendiente a debilitar las posiciones de Austria, ya acariciando las aspiraciones de los constitucionales y unitarios en Alemania e Italia, ya favoreciendo las tendencias reaccionarias de algunos gobiernos como el de Fernando VII en España. Y fue sobre todo Rusia la que atizó el fuego de los incipientes movimientos balcánicos contra el Imperio turco.

Contra la acción desplegada por Rusia y por las fuerzas internas de oposición, Metternich encontró en ese período un precioso aliado en el gobierno inglés, encabezado por Castlereagh. Sin embargo, en 1810-1821 comenzaron a abrirse las primeras brechas en el sistema implantado por el congreso de Viena. España se rebeló exigiendo un régimen constitucional y Fernando VII fue obligado a ceder. Pocos meses después la insurrección estallaba en el reino de las Dos Sicilias, y también aquí Fernando I tuvo que plegarse y aceptar la voluntad de los insurrectos. En mayo de 1821 el movimiento insurreccional se extendía a Piamonte, Víctor Manuel I abdicaba y Carlos Alberto de Saboya-Carignano, al asumir la regencia tenía que instaurar, a su vez, un régimen constitucional.

En ese período, Metternich desplegó una actividad frenética y, concentrando todos los recursos de su habilidad diplomática logró, a través de las reuniones del congreso de Troppau (octubre-noviembre 1820) y del congreso de Lubiana (enero-febrero de 1821), hacer reingresar en los cuadros —por así decir— a Alejandro I. Austria obtuvo de este modo el consentimiento de las grandes potencias para una intervención armada en Italia, y destruyó fácilmente el régimen constitucional napolitano como también el régimen piamontés. En un congreso posterior realizado en Verona (octubre-diciembre de 1822) se confió a Francia la misión de derrocar al régimen constitucional español, por lo que en el año 1823 fue sofocada también la revolución española. Pero justamente cuando parecía —con el embreta-

Ferdinando I.° Metternich. La Monarchia Austriaca.

GUERRA E BOLLETTA

LOMBARDO VENETO

BOEMIA

UNGHERIA

Redenti

1



2



3



1



2



3

1, 2, 3. Las mujeres de Metternich: la primera, la segunda y la tercera esposa (Zennaro).

4. La renuncia de Metternich: "El momento crítico de Austria". Litografía de un dibujo de Franz Kollarz (Bildarchiv. d. Öst. Nationalbibliothek).

miento de las veleidades frondistas de Alejandro I— que el sistema político europeo inaugurado por el congreso de Viena entraba en una fase de tranquilidad y de consolidación, Castlereagh se sucida y lo reemplaza Canning, que adoptó orientaciones políticas hostiles a Austria y favorables a los movimientos liberales y nacionales. Las cosas empeoraron a la muerte de Alejandro I ocurrida el 1º de diciembre de 1825, al sucederle en el trono su hermano Nicolás I. Éste era un reaccionario a ultranza y reprimió duramente el movimiento insurreccional que estalló después de la muerte de su hermano. Pero era también un admirador fanático de Grecia, y quería su independencia del dominio de los turcos y, mucho más que Alejandro, aspiraba al establecimiento de un protectorado ruso sobre los Balcanes. Pero antes que aliarse con Austria para sostener a Turquía contra Rusia y contra la agitación de las poblaciones balcánicas, particularmente de los griegos, Inglaterra y Francia consideraron a su vez oportuno convertirse en paladines de la causa de los griegos, a fin de quitar la iniciativa de manos del zar. Así se llegó al tratado de Londres firmado el 6 de junio de 1827 por el cual Inglaterra, Francia y Rusia decidían intervenir en calidad de mediadoras en la contienda entre Turquía y las poblaciones griegas insurgentes. La mediación tuvo que transformarse bien pronto en una intervención armada, cuando estalló una verdadera batalla entre las flotas de las potencias aliadas y la turca cerca de Navarrino (20 de octubre de 1827). Los turcos fueron duramente derrotados en ese combate, al que siguió, dos años después, el 14 de setiembre de 1829, el tratado de Adrianópolis entre Turquía y Rusia, y luego los protocolos de Londres de febrero de 1830 por medio de los cuales Grecia obtenía su independencia. Las cláusulas de los protocolos de Londres fueron aceptadas por el sultán a través del tratado de Constantinopla del 21 de julio de 1832.

Así el sistema europeo de Metternich sufría un golpe durísimo, y obviamente el ejemplo de Grecia había de inflamar las esperanzas de todos aquellos que aspiraban en Europa a la unidad y a la independencia de las propias naciones.

Por eso, cuando en julio de 1830 estalló en París la revolución que obligó a Carlos X (hermano de Luis XVIII) a marcharse al destierro, las grandes potencias se encontraron completamente desunidas y no fue posible aportar la menor ayuda al soberano desposeído.

El programa político de Metternich

Antes de entrar en el examen del período que corre desde el año 1830 a 1848, durante el cual el sistema europeo establecido en 1814 continuó sufriendo un lento pero progresivo deterioro, será útil detenerse un instante en el examen de las ideas políticas de Metternich, del programa que habría querido ver realizado. Las ideas políticas del Canciller austríaco (el título de Canciller le había sido conferido por Francisco I en mayo de 1821), han sido ampliamente analizadas por el historiador austríaco Heinrich von Srbik en su fundamental obra *Metternich, des Staatsmann und der Mensch*, que cometió, sin embargo, el error de transformar a Metternich en una especie de gran teórico de las doctrinas políticas. Metternich, en efecto, se daba aires de gran teórico y acaso estaba también convencido de que lo era, pues a menudo gustaba perderse, en sus despachos, en elucubraciones teóricas más bien complejas y a veces nebulosas. Sin embargo, como observó acertadamente Valsecchi, sus ideas directrices pueden sintetizarse fácilmente en algunos puntos esenciales. Digamos ante todo que la simplicidad, la esencialidad de sus conceptos fue para él un gran elemento de fuerza. Sabido es por lo demás, que los grandes teorizadores de complejos sistemas políticos, son en general pésimos políticos prácticos, mientras que los políticos prácticos, los realizadores, resultan mucho más incisivos en su acción cuanto más simples, claros y elementales son los programas que se proponen.

En lo que respecta a la situación territorial europea, Metternich juzgaba como la mejor posible aquella que se había realizado a través del congreso de Viena (tomando en cuenta las exigencias de cada una de las potencias y de los apetitos que se habían enfrentado durante el desarrollo del congreso), ya sea desde el punto de vista del mismo equilibrio de Europa, ya desde el punto de vista más particular de los intereses de Austria. Naturalmente, no excluía la posibilidad de eventuales retoques, pero consideraba que, si se hubieran demostrado indispensables, habría tenido que llegarse a ellos solamente a través de un entendimiento preventivo entre las grandes potencias, y por medio de intercambios recíprocos que permitieran siempre la perfecta salvaguarda del equilibrio alcanzado. Excluía, pues, toda acción de fuerza tendiente a mudar esa situación, y consideraba que la fuerza militar de las grandes potencias, particularmente de Austria, debía desarrollar sobre todo una función defensiva del orden existente.

En lo que hace a la política interna de cada uno de los estados, pensaba que era necesario combatir tanto contra la amenaza de la instauración de regímenes constitucionales, como contra el peligro de involuciones reaccionarias, y que el mejor medio para la consolidación de cada gobierno sería el establecimiento o el perfeccionamiento de regímenes de carácter absolutista-iluminista basados en el principio de la igualdad de los súbditos frente a la ley, en eficiente estructuras financieras y administrativas y en organismos centrales y periféricos represen-



4

tativos de carácter consultivo. En sustancia, entendía proponer como ejemplo, a todos los países europeos, la estructura política vigente en Austria y realizada en la segunda mitad del siglo XVIII por María Teresa y José II.

En particular, hubiera querido ver realizados además sus proyectos en Alemania y en Italia, y deseaba también robustecer la confederación creada en Alemania bajo la égida de Austria y llegar a la formación de una confederación semejante en la península italiana. Si estos proyectos se hubieran realizado, habría sido mucho más fácil —según él— mantener frenados los movimientos unitarios y constitucionales, por un lado, y los reaccionarios por el otro, al tiempo que se contendrían más fácilmente las veleidades expansionistas de Prusia sobre Alemania, y del reino de Cerdeña sobre la península italiana. La adhesión de los Estados germánicos y de los Estados italianos a semejantes proyectos hubiera hecho realmente de Austria el núcleo invulnerable de todo el sistema político europeo.

Pero estas aspiraciones lograron realizarse sólo en forma muy parcial. Tanto los gobiernos italianos como los germanos demostraron una aversión irreductible a las reformar propuestas por Metternich. El proyecto de una confederación italiana no pudo nunca realizarse ya porque también desde este punto de vista los gobiernos de la península se mostraron muy poco dispuestos a aceptarlo, ya porque tanto Rusia como Francia apoyaron con energía la conducta italiana. En cambio, la Confederación germánica pudo robustecerse a través de las conferencias de Carlsbab y de Viena de 1819-1820, con la adopción de medidas comunes a todos los Estados alemanes en materia de represiones y controles policiales; pero Prusia continuó ejerciendo siempre su acción de fronda, y no todos los gobiernos quisieron o supieron aplicar con la misma severidad las medidas adoptadas.

Volviendo ahora nuestra mirada por un instante a los problemas internos del imperio austríaco, deberíamos observar que durante todo el período en el que Metternich permaneció en el poder, este imperio fue agitado y debilitado tanto por su insanable situación deficitaria desde el punto de vista financiero, como por los fermentos centrífugos que agitaban a las poblaciones de estirpe y de lengua no alemanas, las que no toleraban las tendencias centralizadoras de Austria ni el predominio de la clase dirigente austríaca. Durante el reinado de Francisco I, Metternich no tuvo muchas posibilidades de influir en las cuestiones de carácter interno. Francisco I abrigaba, sin duda, muchísima estima por su Canciller, pero era un burócrata meticuloso y un centralizador, altamente consciente de sus deberes pero también de los derechos que le correspondían como monarca absoluto, y no toleraba muy fácilmente que sus ministros intervinieran en esferas que no eran las que se les había asignado. Después de la muerte de Francisco I, ocurrida el 2 de marzo de 1835, Metternich pudo haber asumido una posición dominante en relación con los otros ministros, fundado en las mismas disposiciones dejadas por el difunto soberano. Pero no supo, o no quiso imponerse. Presentó, sí, algunas propuestas, sugirió ciertas reformas, sobre cuya base algunas poblaciones que componían el heterogéneo imperio adquirirían mayores autonomías administrativas, y los organismos gubernativos centrales serían mejor coordinados y más eficientes en su acción; pero no se empleó a fondo para hacerlas aceptar. Su actitud sólo sirvió para levantar contra él la hostilidad de la alta burocracia austríaca y la de los otros ministros del gabinete. Así es como en los años subsiguientes, mientras los ánimos de las poblaciones sometidas a Austria iban inflamándose cada vez más, el ministro del Interior Kolowrat, el de Finanzas Eichoff y el director de la policía Seldnitzki, fueron practicando una política cada vez más inorgánica e incoherente, en neto contraste con las líneas directivas sugeridas por el Canciller.

De la revolución de julio de 1830 a los movimientos insurreccionales de 1848

Las primeras noticias de los acontecimientos que se producían en París en julio de 1830 llegaron a Metternich mientras se hallaba en los baños de Carlsbad. No lo tomaron completamente de sorpresa. Aun sin ser contrario al robustecimiento del poder real en Francia a despecho del poder del Parlamento y de la prensa, el Canciller austríaco había temido y previsto que el ministerio Polignac no lograría llevar a fondo su programa sin suscitar la reacción popular y sin hallarse en condiciones de controlarla una vez estallada. Su deseo, en presencia de los nuevos acontecimientos, habría sido el de hacer entrar inmediatamente en funciones a la Cuádruple Alianza de 1815 y de reponer a Carlos X en el trono sobre la punta de las bayonetas de las potencias coaligadas. Pero en seguida se dio cuenta que eso era imposible. El ministro del exterior ruso Nesselrode, que se encontraba también en los baños de una ciudad cercana, mantuvo en seguida una conversación con él y declaró que Rusia no intervendría en favor de Carlos X y apoyaría a Felipe de Orleáns, cuya candidatura al trono era ya notoria. Algunas semanas después llegaba desde Petersburgo la noticia de que Nicolás I desmentía categóricamente a su primer ministro. Pero ya era demasiado tarde: Inglaterra, aunque en esos momentos estaba dirigida por un ministerio conservador encabezado por Wellington, ya había reconocido a Luis Felipe y, en consecuencia, a otras potencias no le quedó otra cosa que hacer que seguir ese ejemplo. Habría sido imposible, en realidad, emprender una guerra contra Francia sin la ayuda militar de Inglaterra. Por lo demás, Metternich pensaba que una guerra de esa índole podía tener probabilidades de éxito únicamente si era conducida por todas las grandes potencias coaligadas. Una intervención en los asuntos internos de Francia, no provocada por un precedente ataque de la misma Francia contra los otros Estados, habría encontrado escasa aprobación en la opinión pública europea. En cambio, si como él pensaba, la monarquía de julio hubiera sido a su vez desbordada y derrotada por las fuerzas más decididamente revolucionarias, si estas fuerzas hubieran intentado extender las llamas de la revolución a los países vecinos, habría sido más fácil empujar a la guerra también al gobierno inglés. Los soberanos absolutos hubieran podido imponer más fácilmente a sus respectivos pueblos los nuevos sacrificios que reclamaba la guerra, y la sofocación de la revolución en Francia hubiera señalado verdaderamente esta vez, la derrota definitiva de todo el movimiento liberal europeo.

Pero sus previsiones sólo en parte se verificaron. De Francia, la revolución rebotó en las provincias belgas de los Países Bajos. Los belgas, en efecto, no toleraban la presencia de los holandeses en la administración del Estado, ni su condición de súbditos de la dinastía protestante de los Orange-Nassau. Por lo tanto, proclamaron su independencia. Pero Luis Felipe resistió la tentación de acudir en su ayuda y de anexar ese territorio a Francia. También en este caso Metternich deseaba que la revolución fuera sofocada con las armas, pero una vez más Inglaterra obstaculizó sus planes. La cuestión belga se llevó a una conferencia de los representantes de las grandes potencias reunidas en Londres, donde en el ínterin (noviembre de 1830) el ministerio Wellington había caído, siendo reemplazado por un ministerio *whig* encabezado por lord Grey y cuya cartera de Asuntos Exteriores fue asumida por lord Palmerston. Éste era decididamente favorable a la causa de los belgas y obtuvo de la conferencia diplomática el reconocimiento de su independencia, conforme con los protocolos de diciembre de 1830, enero y noviembre de 1831. Por lo tanto, la asamblea nacional belga llamó al trono a Leopoldo de Sajonia Coburgo, después de haber redactado una carta constitucional sobre el tipo de la de Francia. Otro delicado sector de la Europa de 1815 quedaba así definitivamente modificado. Otra nación, después de Grecia, llegaba a la conquista de la propia independencia, mientras las potencias conservadoras debían asistir impotentes a esta transformación.

En noviembre de 1830 también Polonia se alzó contra Rusia. Pero en este caso fueron las potencias constitucionales las que tuvieron que renunciar a una intervención en favor de los insurrectos, y por eso Ni-



1

1. "La voraz águila imperial austríaca por venganza del pueblo". Estampa de 1848. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

2. Italia amenaza a Metternich, que huye llevando consigo a los jesuítas y el águila de dos cabezas. Estampa de 1848. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

3. Caricatura de Metternich, de 1848, entre Guizot y Del Carretto. Milán, Colección cívica de grabados A. Bertarelli (Falchi).

En la página 53:

1, 2, 3. Residencia de Metternich en Viena (Zennaro, Bildarchiv. d. Öst. Nationalbibliothek).



2



3

colás I, con un esfuerzo militar muy superior al previsto, logró quebrar su resistencia. También el gobierno francés —no obstante las frases retumbantes que se habían pronunciado en un primer momento en el parlamento a favor de los polacos— terminó aceptando el restablecido orden de cosas. Más graves complicaciones internacionales pareció que habrían de surgir de la insurrección de los ducados de Módena y de Parma, y de las provincias septentrionales del Estado pontificio en febrero de 1831. Metternich estaba muy decidido a hacer intervenir las tropas austríacas en esos territorios para sofocar la insurrección y para reinstalar a los príncipes despojados, aun a costo de afrontar el riesgo de una guerra europea. En cambio Francia, celosísima de la preponderancia que ejercía Austria sobre la península italiana, parecía propensa, a su vez, a impedir a todo costo la intervención armada austríaca. Metternich amenazó entonces con atacar a la monarquía de julio azuzando al partido bonapartista y poniendo a la cabeza del mismo al duque de Reichstadt, hijo de Napoleón y María Luisa, que vivía a la sazón en Viena bajo la tutela del abuelo materno Francisco I. Luis Felipe consideró esta amenaza como un motivo suficiente para renunciar a la idea de oponerse a los proyectos austríacos y así, en marzo de 1831, la insurrección pudo ser fácilmente dominada. Después, cuando en 1832 las tropas austríacas volvieron a entrar por segunda vez en la Romaña, el gobierno francés despachó una escuadra naval al Adriático e hizo ocupar militarmente el fuerte de Ancona. Pero los franceses no fraternizaron con los liberales del Estado pontificio y el incidente se resolvó así sin mayores inconvenientes.

Nada pudo hacer en cambio Metternich para impedir el éxito de los liberales en la península ibérica, donde —aun a través de una sanguinaria guerra civil— terminaron por afirmarse victoriosamente, gracias al apoyo de Inglaterra, contra las fuerzas conservadoras. Viendo que era ya imposible restablecer el acuerdo entre las grandes potencias sobre un plano de conservación política, Metternich consideró oportuno reforzar por lo menos los lazos y los compromisos recíprocos entre Austria, Rusia y Prusia. Así se llegó, en setiembre de 1833, al pacto de Minchengratz, en el que los soberanos de las tres nombradas potencias se prometieron mutuo apoyo contra las fuerzas revolucionarias y afianzaron el derecho de las grandes potencias de intervenir en ayuda de los soberanos de los Estados menores en la eventualidad de movimientos insurreccionales. Ante la formación de esta "triple" alianza conservadora, los Estados constitucionales, bajo el impulso de Palmerston, reaccionaron creando a su vez, en abril de 1834, una "cuádruple" alianza (Inglaterra, Francia, España y Portugal), y afirmando el principio del derecho de autodeterminación por parte de cada una de las naciones. Europa quedaba así netamente dividida en dos sectores: el occidental, de estructura liberal-constitucional, y el continental y oriental, de carácter conservador y constituido por regímenes absolutos.

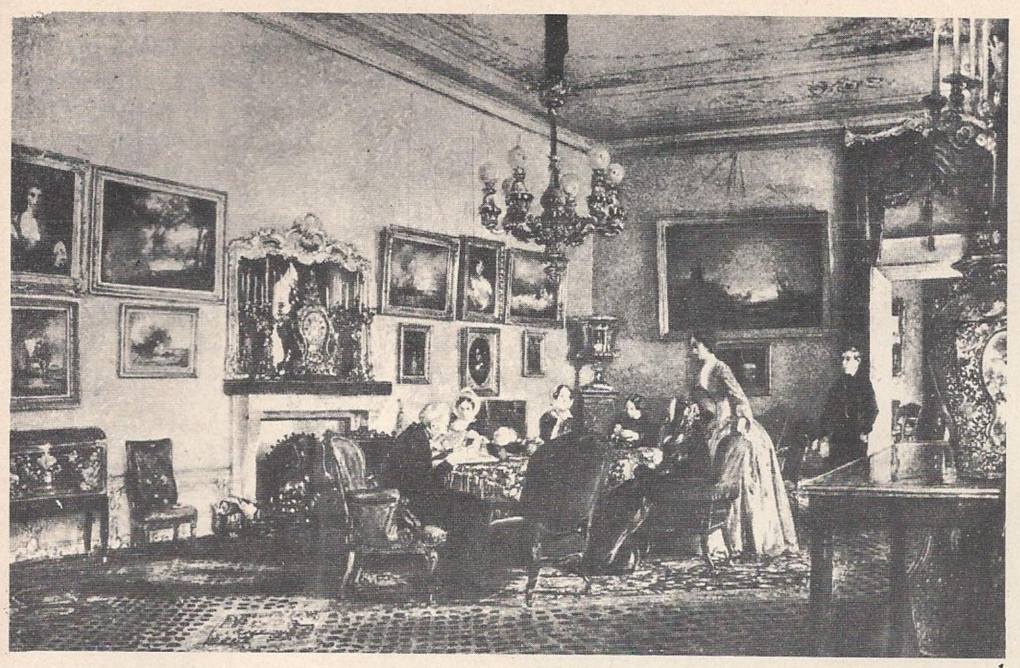
Aparte esta fractura, sólo aparente y superficialmente la Europa conservadora era unánime en la defensa de su propio programa político. En su propio seno las tendencias disgregadoras adquirían mayor audacia. Las fuerzas de la burguesía urgían cada vez con mayor ímpetu en pro de regímenes constitucionales, de independencia del extranjero y de unificación nacional, y se mostraban más que nunca activas y presentes en Italia, en Alemania y en todos los países que constituían el heterogéneo conjunto de posesiones de los Habsburgos. Por lo demás, el largo período de paz que siguió al congreso de Viena, había permitido a la burguesía adquirir un predominio cada vez mayor en la vida económica europea: la burguesía sentía un disgusto creciente ante las viejas estructuras políticas que sofocaban de mil maneras el libre desarrollo de sus actividades y reivindicaba de viva voz el derecho de ejercer el peso adecuado en la dirección política de los Estados, tanto más que gravitaba sobre sus espaldas la mayor parte de los tributos de que se alimentaban las finanzas estatales.

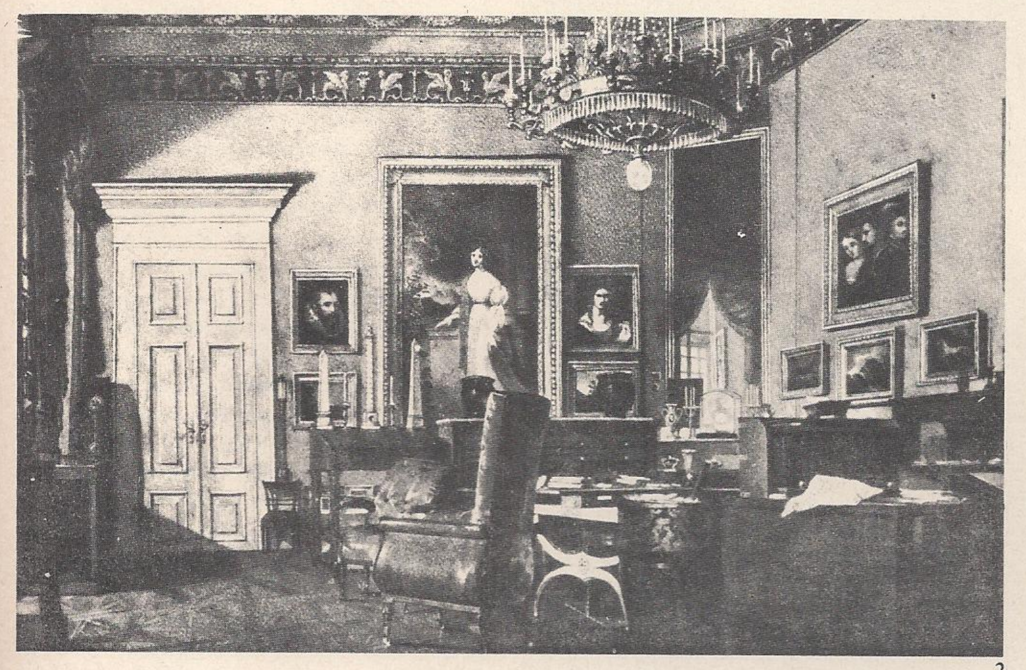
Las policías de los diversos gobiernos absolutos perseguían los sostenedores de las nuevas ideas, pero los fermentos liberales y nacionales, sofocados en un lado brotaban en otro; si algunos de sus sostenedores terminaban en la prisión o directamente en el patíbulo, otros los sustituían rápidamente, y los procesos y las condenas abrían un surco incolmable entre los detentores del poder absoluto y los pueblos sometidos. Muchos de los exponentes del movimiento liberal encontraban su salvación en el destierro, se refugiaban en Francia, en Bélgica, en Suiza (otro Estado, éste que Metternich había tratado infructuosamente de doblegar), o bien en Inglaterra. Y desde los países del destierro mantenían correspondencia con sus connacionales, animándolos en la lucha y tejiendo los hilos de nuevos planes subversivos, publicaban escritos incendiarios que filtraban a través de las mallas de la vigilancia policial y se difundían en los respectivos países, o bien escribían en los diarios de las ciudades en que residían, solicitando el apoyo de la opinión pública de esos países contra los gobiernos absolutos que los habían constreñido al destierro.

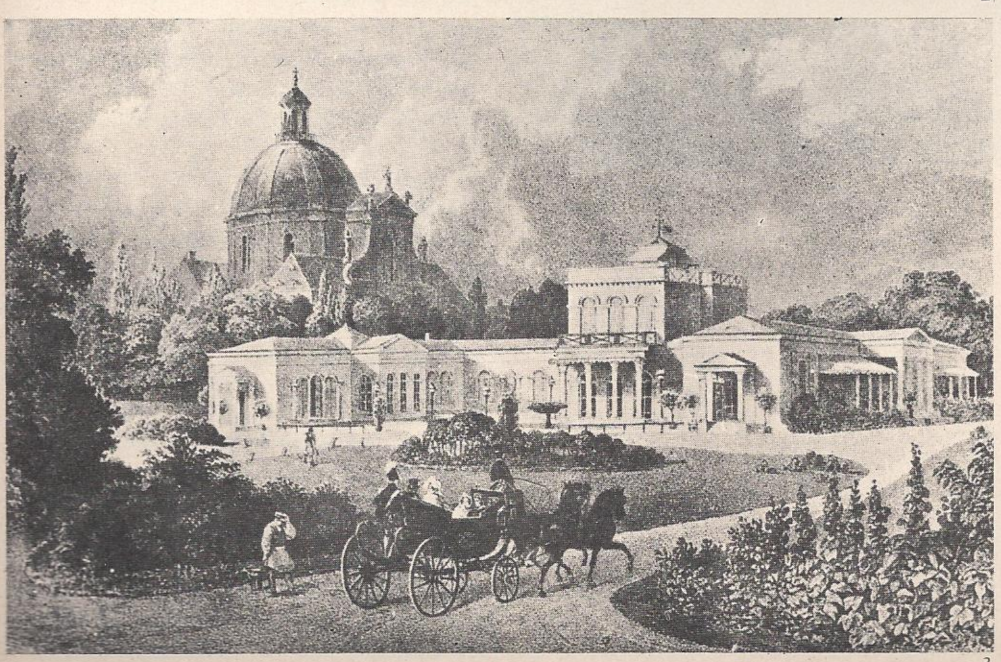
El mismo Metternich, por lo demás, con el pasar de los años fue perdiendo fuerza y combatividad en su acción política, y fue cerrándose en una defensa cada vez más estática del orden establecido. Sólo alguna profunda subversión internacional habría podido mudar el rostro de esta situación. Semejante subversión pareció producirse en 1840, cuando el gobierno francés presidido por Thiers se enfrascó en la cuestión egipcia, alineándose a favor de paschá Mehemet Alí y de su hijo Ibrahim contra el sultán de Turquía, suscitando una firme reacción inglesa. Pareció entonces que la guerra era inevitable, y Austria había reanudado ya su tradicional alianza con Inglaterra, cuando Luis Felipe anuló los belicosos proyectos de su ministro y lo sustituyó con el ministerio Soult-Guizot que se afirmó en posiciones más cautas y conservadoras.

Si la incorporación de Guizot en el ministerio francés fue saludada con júbilo por Metternich, por las perspectivas que podía ofrecer a favor de la causa conservadora, tuvo que considerar en cambio como un duro golpe para su política la muerte de Federico Guillermo III ocurrida en el mismo año de 1840, y la ascensión al trono de Federico Guillermo IV. Federico Guillermo III era hombre de carácter débil y se había dejado remolcar siempre por el emperador de Rusia en sus orientaciones y en sus decisiones políticas; en cambio, el hijo era un romántico lleno de sueños incoherentes y peligrosos. Por un lado, quería resucitar las dietas medievales, sin darse cuenta que en esa forma corría el riesgo de preparar el terreno a las transformaciones de las mismas dietas en organismos representativos de tipo constitucional; por el otro, aspiraba a la creación de una gran Alemania políticamente unificada —aunque siempre a través de vínculos federales— en la que el emperador de Austria tendría que ocupar un lugar de honor, pero en la que correspondería a Prusia la misión de asumir el predominio militar. Metternich trató por todos los medios de frenar la fantasía incontenible de Federico Guilermo IV, y logró en efecto impedir hasta febrero de 1847 la convocatoria de las dietas provinciales prusianas; pero mientras tanto la actitud del rey de Prusia contribuyó a hacer el movimiento nacional alemán más agresivo y combativo que nunca.

Los fermentos de rebelión que agitaban a las poblaciones alemanas, a las polacas y a las de diferentes estirpes sometidas al imperio austríaco encontraron en tanto un terreno particularmente favorable en la ciudad libre de Cracovia. Ésta se había convertido en el punto de convergencia de todos los agitadores, el lugar en el que se tejían los hilos de conjuraciones y de insurrecciones, de donde se irradiaban hacia todos los países circundantes los escritos revolucionarios. Después de inútiles presiones y amenazas, Metternich, con el fin de extinguir definitivamente esa peligrosa hoguera, a comienzos de 1847 hizo ocupar la ciudad por tropas austríacas,


1


2

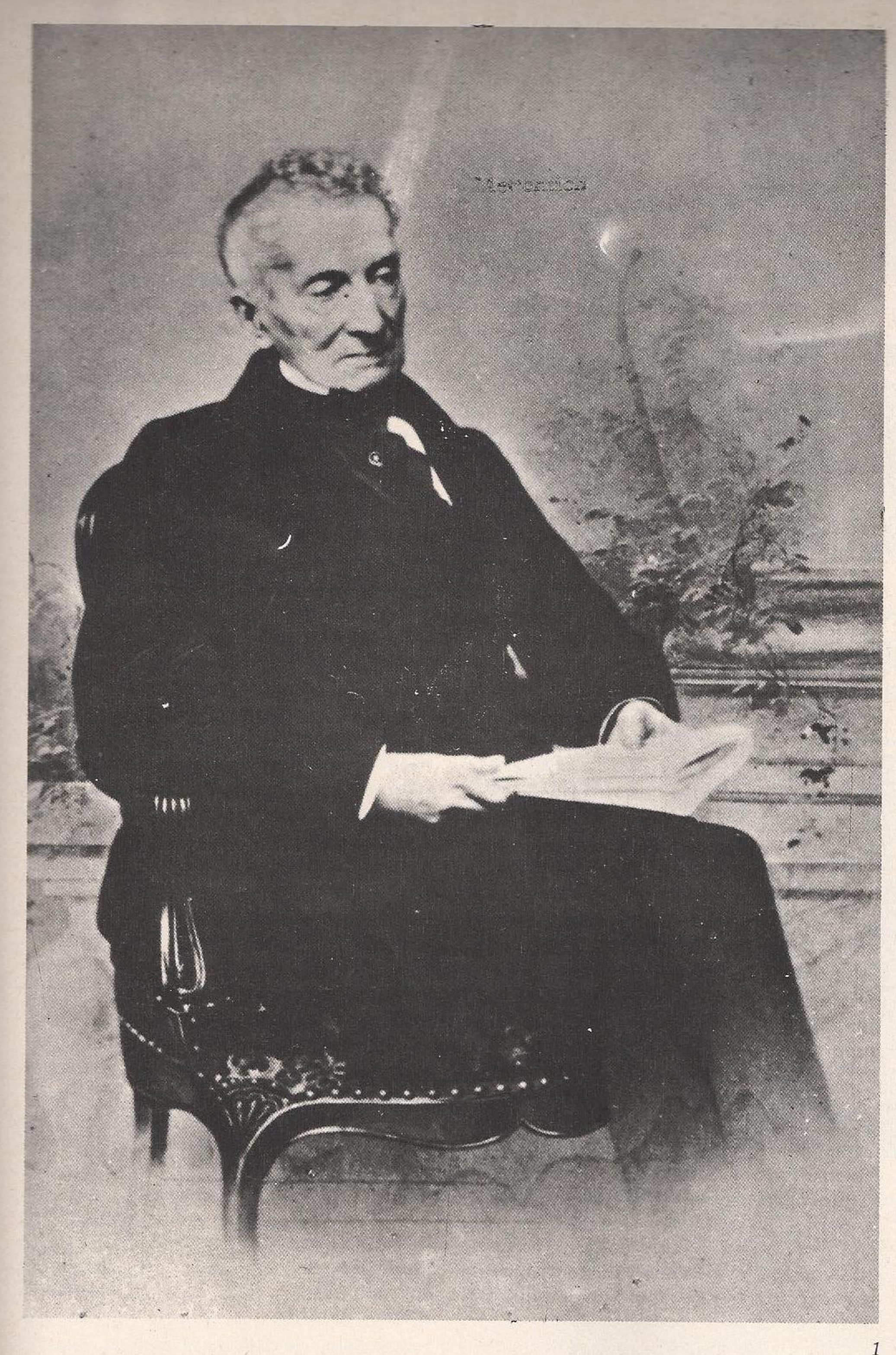

3

rusas y prusianas, obteniendo en consecuencia que Cracovia y su territorio fueran incorporados al imperio austríaco. Esta decisión levantó una marejada de recriminaciones en toda Europa, y Metternich fue acusado de violar —él mismo— el acta final del congreso de Viena de la que se había declarado siempre garante y defensor.

1848. El ocaso del poder de Metternich

El primero y violento salto que, a través de una serie de reacciones sucesivas en cadena iba a llevar a la derrota definitiva de Metternich partió de una instancia cuya "traición" jamás habría sospechado el Canciller austríaco.

En el mes de junio de 1846 era electo para ocupar la sede pontificia, después de la muerte del reaccionario Gregorio XVI, el cardenal Juan María Mastai Ferretti, que asumió el trono con el nombre de Pío IX. Éste, después de haber decretado una amnistía en favor de los desterrados y de los presos políticos, emprendió una activa política de reformas internas. A decir verdad, no se trataba en absoluto de reformas de carácter liberal. Sólo constituían la tardía realización de las sugerencias contenidas en un memorándum que los representantes de las grandes potencias consignaron a Gregorio XVI después del aniquilamiento de los movimientos de 1831, a fin de obtener medidas adecuadas para mejorar el sistema administrativo y financiero del Estado pontificio. Pero esas reformas, realizadas ahora bajo la presión de las manifestaciones públicas, constituían para Metternich un síntoma alarmante de debilidad del poder constituido, frente a las presiones de la opinión pública liberal. El ejemplo de Pío IX arrastró también a otros príncipes italianos, como Carlos Alberto y el gran duque de Toscana. Visto que eran inútiles las presiones diplomáticas tendientes a inducir a los príncipes italianos a desistir de semejante política, Metternich, como señal de advertencia a las fuerzas liberales y para robustecer la resistencia de las fuerzas conservadoras, ordenó, en julio de 1847, la ocupación de la ciudad de Ferrara por las tropas austríacas que, sobre la base de una cláusula establecida en el acta final del congreso de Viena, controlaban las fortificaciones de aquella ciudad. Esa actitud enardeció más que nunca los ánimos de los italianos en contra de Austria, y el mismo Pío IX la desaprobó enérgicamente. Carlos Alberto ofreció al papa la ayuda de sus tropas para oponerse a la prepotencia austríaca. La medida dispuesta por Metternich suscitó las críticas y las iras de lord Palmerston, que brindó todo su apoyo a los gobiernos italianos. Las tropas austríacas fueron obligadas así, pocos meses después, a abandonar las posiciones ocupadas en las afueras de la ciudadela de Ferrara.



1

1, 2. Fotografías de Metternich en sus últimos años (Bildarchiv. d. Öst. Nationalbibliothek).

A principios de 1848 estalló en Palermo una insurrección contra el régimen absolutista y centralizador del rey Fernando II de Borbón. El movimiento se propagó rápidamente a todo el territorio de Italia meridional y Fernando II, que se había rehusado hasta entonces a seguir las huellas de Pío IX, fue conminado a prometer una constitución. Su ejemplo sacudió a toda la península y en consecuencia, también el gran duque de Toscana, el rey de Cerdeña y el soberano pontífice se vieron obligados a imitarlo.

Mientras se hallaban en gestación las constituciones italianas, en Francia se producía contemporáneamente un hecho mucho más grave. El 23 de febrero de 1848 estallaba en París una nueva insurrección a consecuencia de la cual Luis Felipe debía abandonar el trono, instaurándose en su lugar un régimen republicano.

Los acontecimientos de Francia tuvieron enormes repercusiones en toda Europa central. El 10 de marzo, la bandera de la insurrección flameaba al tope del palacio de la Dieta germánica en Francfort, el 13 insurgía la misma Viena, el 18 era el turno de Berlín. El movimiento insurreccional volvía a repercutir nuevamente sobre Italia, donde su sublevaron Venecia y Milán, dando comienzo así a la primera guerra de independencia nacional.

La sublevación de Viena sorprendió a Metternich inesperadamente y lo sacudió. Los males que minaban al imperio no debían, por cierto, atribuirse solamente a él, pero en él los insurrectos reconocían justamente al promotor de ese sistema conservador contra el cual se estaban rebelando toda Europa. La corte no tuvo el coraje de apoyarlo y fue obligado a renunciar. Dos días después abandonaba de incógnito, para evitar las manifestaciones hostiles de la multitud, la capital austríaca acompañado de Melania. A principios de abril llegaba Metternich a La Haya, después de un viaje sumamente peligroso a través de Bohemia y de los territorios alemanes presas de la revolución. El 20 de abril arribaba finalmente a Londres.

El espectador

Metternich permaneció en Londres hasta septiembre de 1848, y después, debido a que allí la vida era muy cara, pasó a Brighton y luego a Richmond. En octubre de 1849, como el clima de esas regiones resultaba nocivo para su salud y la de su mujer, volvió al continente y se detuvo en Bruselas.

Mientras tanto se había abierto en Viena una investigación administrativa sobre su actuación, a consecuencia de la cual se confiscaron los bienes de su posesión situada en Bohemia. La investigación concluyó favorablemente para él en septiembre de 1849 pero, al demorarse el Consejo de Ministros en dar su fallo definitivo, el

joven emperador Francisco José —que estimaba mucho a Metternich y que había recibido de él lecciones de historia y de diplomacia en 1847—, puso término a la enojosa cuestión en noviembre de 1850, anuló la confiscación de sus bienes y asignó a Metternich una pensión de 8000 florines, autorizándolo a reingresar a la capital de Austria.

Durante su permanencia en Londres, Metternich había establecido contactos con muchas personalidades políticas, entre las cuales se contaba Guizot, también en destierro, lord Wellington y Benjamín Disraeli, uno de los jóvenes jefes del partido conservador, que se valió notablemente de las sugerencias de Metternich en sus batallas parlamentarias contra lord Palmerston. En Londres, Metternich intentó también una experiencia periodística y fundó el "Spectateur de Londres"; pero la experiencia tuvo muy breve duración y, después de tres meses, el diario dejó de publicarse por falta de fondos.

En Bruselas, recibió frecuentes visitas de Thiers, que a la sazón estaba escribiendo su *Historia del Consulado y del Imperio*, y al que suministró muchas noticias que Thiers utilizó ampliamente en su obra. Amplios cambios de puntos de vista tuvo asimismo con el rey Leopoldo I, que demostró apreciar en gran medida sus conversaciones.

Desde la capital belga Metternich mantenía relaciones epistolares con los mayores exponentes de las fuerzas conservadoras de toda Europa; mantenía también frecuentes relaciones con el primer ministro austríaco, príncipe de Schwarzenberg y no dejó de expresar sus discrepancias no sólo acerca del régimen constitucional instaurado en el imperio, sino particularmente sobre el carácter cada vez más centralizador y sofocante de las autonomías locales que se había querido imprimir a las estructuras burocráticas.

Después de haber obtenido el permiso para volver a territorios austríacos, se trasladó por algún tiempo a Johannesburg, en las orillas de Rin donde —como veremos— estaba en posesión, desde tiempo atrás, de una vasta extensión de tierra. Mientras se encontraba en esta residencia, recibió, entre otras visitas, la del rey de Prusia y la del joven Ottón von Bismarck.

Regresó a Viena el 24 de septiembre de 1851 y se instaló en una villa de su propiedad situada en el Rennweg, donde ya en los decenios precedentes había reunido una biblioteca magnífica y una serie de valiosas colecciones artísticas.

Allá vivió los últimos años de su existencia, siempre en compañía de Melania, que murió el 3 de marzo de 1854. Transcurría el tiempo poniendo en orden sus papeles, sus libros, y en particular sus registros contables, para poner en orden sus intereses financieros que eran realmente imponentes



2

y que había descuidado en los últimos años. Además de los bienes heredados del padre (muerto en 1818), poseía una vasta propiedad en Johannesburg que le había sido regalada por Francisco I después del congreso de Viena. Esa posesión era justamente famosa por los vinos que en ella se producían y daba una renta sumamente elevada. En 1826 había adquirido otras tierras en Plass, en Bohemia, y había hecho instalar allí una fábrica para la manufactura del hierro. Retomó también sus estudios y experimentos científicos, que por lo demás nunca había abandonado, ni siquiera en sus momentos de más intensa actividad política —cuando tenía a veces que abandonar la cancillería para trasladarse a la vecina universidad donde escuchaba las lecciones y las conferencias de célebres científicos— y emprendió en el mismo período una nutrida correspondencia con Alejandro von Humboldt, el naturalista y geógrafo hermano del lingüista Guillermo.

Naturalmente, no descuidaba la vida de sociedad y seguía con mirada atenta las alternativas políticas contemporáneas. Su salón se hallaba siempre abierto y a él concurrían a menudo sus viejos colaboradores, u otros visitantes más jóvenes, austríacos y extranjeros deseosos de ver a quien se conocía con el nombre de "el viejo de la montaña". Ya estaba casi completamente sordo, y por lo tanto ni sentía siquiera las palabras de sus interlocutores. Hablaba siempre él y evocaba los tiempos pasados, sobre todo los años de la época napoleónica, y se extendía después en largas disquisiciones teóricas, siempre en defensa, por cierto, del antiguo orden de cosas. Francisco José y sus ministros no dejaban de tanto en tanto de dirigirse a él en busca de consejos y de opiniones, aunque siempre en forma privada y en realidad muy poco siguieron tales consejos. Por ejemplo, cuando se abrogó la constitución, también se requirió su opinión. Metternich no dejó de prestar su aprobación a ese proyecto, pero insistió una vez más en que se concedieran amplias autonomías a los diferentes pueblos del imperio. Sin embargo, su sugerencia cayó en el vacío. Después, cuando en los primeros meses de 1859 (sus fuerzas físicas ya estaban notablemente debilitadas y casi no se levantaba de la cama, en la que la muerte debía sorprenderlo el 12 de junio del año siguiente), se perfilaba el peligro de una guerra entre Austria, por un lado, y el reino de Cerdeña y Francia, por la otra, hizo sentir enérgicamente su consejo, a fin de evitar a toda costa semejante conflicto. Pero tampoco en este caso logró imponer su punto de vista. Los últimos días de su existencia se vieron amargados por las noticias que llegaban a Viena procedentes de los campos de batalla lombardos. La derrota de Magenta (4 de junio) lo atormentó profundamente. La muerte le evitó el amargo cáliz de la derrota de Solferino (24 de junio) y de la pérdida definitiva de Lombardía por parte del imperio austríaco.

Conclusión

Las orientaciones políticas y la obra de Metternich provocaron muchas críticas y ataques por parte de sus contemporáneos; no sólo —obviamente— por parte de los líderes más encendidos de los ideales liberales y nacionales o de los ideales reaccionarios, sino también por parte de muchos soberanos y hombres de gobierno de los Estados absolutos. Esto se debió a que también ellos, en mayor o menor medida, experimentaron la crisis que fue propia de su época. Ocurrió así que, algunos de ellos, con el propósito de superar o resolver esta crisis, pensaron que era necesario adoptar severas medidas reaccionarias, mientras que otros consideraron oportuno abrazar la causa nacional y liberal y otros fueron sometidos a continuos desplazamientos pasando sucesivamente de posiciones reaccionarias a posiciones revolucionarias y viceversa, mientras que otros, finalmente, se pronunciaron en favor de la causa liberal y contrarios a la nacional, o bien favorables a esta última y activamente hostil a la otra.

Se dieron así las cosas de tal manera, que Metternich contó con pocos compañeros en la solución del cometido en que se había empeñado. Pero su gran habilidad consistió justamente en el hecho de haber cumplido esta misión en situación tan difícil, en haber sabido individualizar los puntos débiles de los adversarios, en haber explotado al máximo sus discrepancias y sabido captar y utilizar en todos sus matices aquellos que podían consistir en los puntos de contacto, aunque no fuera más que momentáneos, de sus actitudes con el propio programa.

Metternich fue acusado a menudo de ser un puro y simple oportunista, de haber cambiado con frecuencia sus propias alianzas. Pero ello dependió solamente del hecho de que muchos de los hombres con los cuales tuvo que habérselas, cambiaban demasiado a menudo sus posiciones; de ahí que se sintió permanentemente obligado a sustituir a sus compañeros de viaje para proseguir su camino.

Su característica sobresaliente, su punto fuerte y también su debilidad, fue precisamente la sustancial estaticidad de su posición política.

Metternich estaba convencido de que los ideales liberales y nacionales no eran más que un mal pasajero para Europa, como un incendio, una erupción volcánica, una manifestación temporal (estas comparaciones eran suyas, y además le eran muy queridas) y que el único deber del político en ese período debía consistir en mantenerse firme, poner freno y sofocar estas manifestaciones a la espera de que se agotaran ellas mismas.

El viejo estadista gustaba también repetir que se habría sentido más cómodo si hubiera vivido cien años antes (o sea en el tiempo de la lucha entre las grandes potencias por el puro y simple equilibrio territorial), o si hubiera podido vivir cien años después, justamente porque entendía que durante ese tiempo Europa habría podido curar su fiebre.

En sustancia, no se dio cuenta —y fue éste el más grave de sus errores— que la fuerza y los ideales suscitados por la Revolución francesa, los que desencadenó la dominación napoleónica, era fuerzas e ideales irreversibles, y que era completamente ilusorio pensar que podrían desaparecer por extinción natural o por sofocación forzada.

Bibliografía

H. von Srbik, *Metternich, der Staatsmann und der Mensch*, Munich; H. Kissinger, *A world restored. Metternich, Castlereagh and the problem of peace, 1812-22*, Boston, 1957; E. E. Kraehe, *Metternich's German policy*, Princeton, 1963; G. de Bertier de Sauvigny, *Metternich et la France après le congrès de Vienne*, París, 1968; del mismo autor, *Metternich et son temps*, París, 1959; N. Nada, *Metternich e le riforme nello Stato pontificio, 1832-36*, Turín, 1957; en español puede consultarse: Auernheimer R., *Metternich*, 2ª ed., Bs. As., Sudamericana; Herman, A., *Metternich*, Madrid, Aguilar.



Publicación semanal



Periódicamente -y por una suma muy accesible- Ud. podrá canjearlos por magníficos volúmenes encuadernados.

Están en venta todos los números anteriores para formar la colección completa.

Conserve y coleccione los fascículos de

LOS HOMBRES de la historia

en perfecto estado*

Precio de venta

ARGENTINA: $ 140.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO: $ 5
NICARAGUA:
PARAGUAY:
PERU: S/. 18
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90